La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinion publica y los historiadores[1].

Ignacio Peiró Martín
Universidad de Zaragoza

Resumen: El artículo pretende responder a alguno de los interrogantes abiertos en la historiografía internacional ante una actualidad saturada de memoria y las implicaciones político-sociales derivadas del «uso público de la historia». Desde esta perspectiva, se rastrean los conceptos utilizados para explicar el tratamiento propiamente histórico de los problemas, subrayar las polémicas esenciales y derivarlas hacia el espacio público en el que se celebran las ceremonias de la consagración memorial. El artículo continúa con una rápida visión panorámica del desarrollo de la historiografía contemporánea en las últimas décadas del siglo XX, distinguiendo tres grandes espacios/momentos de convergencia y enfrentamiento de la memoria con la práctica historiográfica. Y termina con una afirmación acerca de la posición del historiador, de su condición histórica y sus implicaciones con el mundo vertiginoso del presente donde la memoria y el olvido aparecen como dos puntos de referencia irrenunciables para el conocimiento de la historia contemporánea.

Palabras clave: historiografía, espacio público, uso público de la historia, memoria, políticas de la memoria, historia de la memoria.

Abstract: This article intends to answer some of the questions which have been asked in international historiography when faced with the current state which is soaked in memory and the political-social implications which derive from the « public use of history ». From this perspective, we will trace the concepts used to explain the truly historical treatment of the problems, emphasize the basic controversies and develop them towards that public space in which the ceremonies of memorial recognition are celebrated. The article continues with a short panoramic study of the development of contemporary historiography in the latter decades of the twentieth century, showing three main spaces/moments of convergence and divergence of memory in historiographical practice. And finally it states the position of the historian, of his historical condition and its implications in the present giddy world where memory and forgetfulness appear as two irrevocable reference points for the knowledge of contemporary history.

[1] El presente artículo es la versión completa del trabajo que con el título «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», se publicó en la revista *Ayer,* 53/1, 2004, 179-205.

[*Memoria y Civilización* (M&C), 7, 2004, 243-294]

Key words: historiography, public space, public use of history, memory, politics of memory, history of memory.

Durante dieciocho semanas los diarios de una mujer anónima han permanecido en la lista de libros más vendidos del semanario alemán *Spiegel*[2]. Podríamos decir que se trata de uno más entre los numerosos best-sellers que periódicamente inundan el mercado, un éxito editorial muy bien puesto en la escena de los medios, si al afirmar esto no corriéramos el riesgo de diluir en lo genérico algo que nos es referido en términos precisos como un testimonio de los bombardeos y el hambre, las brutalidades y las violaciones a las que fueron sometidas las berlinesas por parte del Ejército Rojo. Presentada como una obra enigmática, una vivencia del pasado, revestida con el aura de lo auténtico y la verdad, no ha tardado mucho la crítica historiográfica en utilizar las páginas de un periódico para hacer una exposición pública acerca de su nulo valor como documento de la memoria e impugnar la experiencia moral implícita en la narración. Para emitir este juicio tan negativo el historiador ha sabido transformar el proceso sobre el pasado rememorado en un proceso de la historia del relato, situándolo en el abrumador contexto de la asimilación del pasado nazi por la conciencia pública alemana[3].

---

[2] ANONYMA, *Eine Frau in Berlin. Tagebuchanfzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945*, Mit einem Nachwort von Kurt W. Marek, Frankfurt am Main, Eichborn Verlag, 2003.

[3] *Vid*. la reseña que le dedicó el historiador de la arquitectura Jens BISKY, «Wenn Jungen Weltgeschichte spielen, haben Mädchen stumme Rollen», *Süddeutsche Zeitung*, 220, 24 september 2003, p. 16. A grandes rasgos, después de criticar la existencia real de estos diarios y a la supuesta autora (Marta Hillers amiga del editor y con un pasado nazi), denuncia la utilización propagandista de una obra publicada por primera vez en 1954, por el editor Kurt W. Marek, más conocido por el seudónimo C.W. Ceram que, emigrado a Estados Unidos, había alcanzado un gran éxito con su libro *Dioses, tumbas y sabios* (1949). En un intento de consolidar su posición en el mercado americano, aprovecha la coyuntura del inicio de la Guerra Fría, para lanzar esta obra de propaganda en la que se recalcan las maldades de los soviéticos. Editada originalmente en inglés, tuvo una rápida difusión en los países del bloque occidental (incluida España), publicándose en alemán en 1959.

Desde luego, la reedición encaja perfectamente en el clima de opinión creado por algunos reconocidos intelectuales de izquierdas alemanes (Günter Grass sería uno de los más famosos, Hans Magnus Enzensberger es el director de la colección donde ha aparecido el libro), para quienes una vez asumida la culpa, «tenemos derecho al luto por nuestras víctimas y a la descripción de su sufrimiento»[4]. Pero lo que quiero poner en primer plano con este ejemplo: es el enorme interrogante abierto por la reutilización de una memoria desplazada de su pasado. Las cuestiones que surgen ante la sustitución del tiempo histórico y su asimilación por un presente contemporáneo, saturado de memoria. Y las implicaciones politico-sociales que se derivan del uso público de unos recuerdos que, transcienden los límites de las identidades históricas nacionales, al igualar en su calidad de víctimas a todos los supervivientes surgidos de los vientos de destrucción del siglo XX[5].

---

[4] Entrevista de Ciro KRAUTHAUSEN, «Günter Grass, la lección de la historia», *El País, Babelia,* sábado 22 de febrero de 2003, p. 3 (la respuesta continúa: «El tabú, en la práctica, significa que este asunto se deja a la extrema derecha. Éste fue otro motivo para escribir A paso de cangrejo: la derecha se había apropiado del tema, incluso en Internet, lo cual me movió a incorporar también este apecto en mi libro»). No parece casualidad, que sobre el tabú como secreto y el silencio autoimpuesto de la literatura alemana de postguerra verse el libro póstumo de W.G. SEBALD*, The Natural History of Destruction*, New York, Random House, 2003.

[5] Tzvetan Todorov advirtió sobre las aspiraciones de los individuos y más aún de los distintos grupos que se consideran desfavorecidos por el pasado para alcanzar el «estatuto de víctima», lo cual les «abre en el presente una línea de crédito inagotable» (*Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 53-55). Un apunte sobre la trayectoria intelectual de este teórico de la literatura, historiador del pensamiento y analista de la cultura, en Mauricio JALÓN y Fernando COLINA, *Los tiempos del presente. Diálogos*, Valladolid, Cuatro Ediciones, 2000, pp. 171-187. Una amplia reflexión sobre la «era del testimonio», el debate abierto acerca del valor de los testigos, supervivientes de los campos de la muerte, la memoria de sustitución y el papel de los meta-testimonios de los escritores (desde Primo Levi a Jorge Semprún), en Règine ROBIN, *La mémoire saturée*, Paris, Éditions Stock, 2003, pp. 244-77.

Mi artículo pretende responder a alguna de estas preguntas apelando a una abundante bibliografía como punto de partida y punto de apoyo. Y aunque resulta imposible conocer lo publicado sobre estos temas, me he servido de la erudición para tratar de reconstruir las posiciones tomadas por la historiografía internacional ante la invasión de la memoria y su desbordamiento de lo público a lo científico. Por eso, he querido empezar rastreando los conceptos para explicar el tratamiento propiamente histórico de los problemas, subrayar las polémicas esenciales y derivarlas hacia el espacio público en el que se celebran las ceremonias de la consagración memorial. De igual modo, he intentado ordenar los grandes espacios/momentos creados por la práctica historiográfica de la memoria para concluir con un breve corolario donde afirmo mi posición como historiador. Y todo ello, no sólo desde el deseo de ofrecer una mirada panorámica a la historiografía surgida en la «era de los testimonios», sino también de presentar instrumentos para la reflexión y orientación respecto a las abundantes, muchas veces, confusas y, casi siempre, retóricas, informaciones que poseemos. Por último, he obviado de manera consciente las referencias a la literatura histórica de la memoria española contemporánea: no porque esté en contra de las principales corrientes mundiales y se encuentre al margen de la ola de la memoria y la moda de unos términos que parecen servir para casi todo, incluso -como diría el poeta-, para no pensar y para no decir; sino por razones más precisamente relacionadas con los senderos trillados por una historiografía marcada por el proceso de transición política y las fracturas internas de la profesión, cuya historia merece, por sí sola, una reflexión diferente[6].

[6] Basten como ejemplos de la abundante bibliografía que ya existe entre nosotros, los artículos aparecidos en el monográfico dirgido por Josefina CUESTA BUSTILLO, «Historia y memoria», *Ayer*, 32, 1998; el de Jacques MAURICE, «Reavivar las memorias, fortalecer la historia», en Marie-Claude CHAPUT y Thomas GOMEZ (dirs.*), Histoire et mémoire de la seconde république espagnole. Hommage à Jacques Maurice. Actes du Colloque International des 29, 30 et 31 mars 2001*, Paris, Université Paris X-Nanterre, 2002, pp. 475-488; Santos JULIÁ, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», *Claves de razón práctica*, 129, enero-febrero 2003, pp. 14-24; y Gonzalo PASAMAR ALZURIA, «Los historiadores y el "uso público de la historia": viejo problema y desafío reciente», *Ayer*, 49, 2003, pp. 221-248.

Ceremonias de la confusión: los historiadores ante la memoria y los usos públicos de la historia.

En 1962 el filósofo social alemán Jürgen Habermas publicó un libro seminal destinado a servir de inspiración a la historiografía internacional[7]. El éxito de la obra, que había comenzado a circular en forma de versiones sucintas a mediados de los setenta y sólo en traducciones completas en la siguiente década[8], se debió en gran parte al concepto de «Öffentlichkeit» utilizado por los especialistas de la nueva historia social como «espacio público» o «esfera pública»[9]. Se trataba de una noción proteica admitida por proporcionar un valioso fundamento heurístico para los numerosos libros y ensayos que mezclaban la historia social, política y cultural, en sus análisis de los diversos aspectos del proceso de construcción de la cultura pública (desde los festivales a los movimientos de protesta, pasando por las

[7] Jürgen HABERMAS, *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1962.

[8] Circulando en versión reducida en inglés desde 1974, la traducción completa como *The Structural Transformation of the Public Sphere, an Inquiry into a Category of Bourgeois Society* se realizó en 1989; en francés apareció como *L´Espace public: archéologie de la publicité comme dimensión constitutive de la société bourgeose,* Paris, Payot, 1978; la versión española como *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública,* Barcelona, Gustavo Gili, 1981; y en italiano como *Storia e critica dell´opinione pubblica,* Bari, Laterza, 1988.

[9] Las vicisitudes del concepto en Estados Unidos, desde que Thomas BENDER planteara su utilidad en «Wholes and Parts: The Need for Synthesis in American History» (*Journal of American History*, 73, 1986, pp. 120-136), hasta las realizaciones más recientes, las sintetiza Michael KAMMEN, en «Clio and Her Colleagues in the United States During the Twentieth Century. A Story of Serial Marriages, Divorces, and Dalliances among the Disciplines», en: Ignacio OLÁBARRI y Francisco J. CASPISTEGUI (eds.), *The Strength of History at the Doors of the New Millennium. History and the other Social and Human Sciences along XXth Century (1899-2002),* Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 75-102.

disputas sobre el estilo arquitectónico de los edificios y el arte edilicio)[10].

En medio de esta apoteosis de la «public sphere», la opinión pública y la contestación en la vida civil, donde no faltaron las críticas escépticas y la puesta en cuestión de este modelo de discurso racional[11], el último gran representante de la Escuela de Francfort saltó a la palestra de la actualidad historiográfica al participar en la «querella de los historiadores» alemanes[12]. Y lo hizo desde la definición de «uso público de la historia», es decir, desde la comprensión de ser más una toma de posición moral y un debate ético-político, incluido en el régimen de la «esfera pública», que una disputa científica sobre el pasado alemán desplegada en el ámbito estricto de la historiografía. Al distinguir claramente los dos planos del discurso (el político y el científico), Habermas argumentaba la

---

[10] John L. BROOKE, «Reason and Passion in the Public Sphere: Habermas and the Cultural Historians», *Journal of Interdisciplinary History*, 29, 1998, pp. 43-67. Sobre el significado de «opinión pública», así como el carácter fundamental del espacio de la opinión públlñica en el modelo de Estado de derecho y de política deliberativa propuesto por el autor alemán, *vid*. Margarita VOLADERAS CUCURELLA, «La opinión pública en Habermas», *Anàlisi*, 26, 2001, pp. 51-70.

[11] Diversas contribuciones dedicadas a discutir los beneficios filosóficos e historiográficos y señalar los problemas para adaptar la noción de «esfera pública» se recogen en el volumen editado por Craig CALHOUN, *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1992. Entre ellas, destacaba el trabajo del científico social, Michael SCHUDSON, «Was There Ever a Public Sphere?. If So, When?. Reflections on the American Case», en el que cuestionaba la aplicabilidad de la noción a la historia norteamericana (pp. 142-63).

[12] *Vid*., la excelente exposición que realiza Francesc VILANOVA I VILA-ABADAL, «La larga sombra de la culpabilidad alemana: ecos y derivaciones de la Historikerstreit», *Ayer*, 40, 2000, pp. 137-167. Para el tema del *Sonderwerg* como concepto cardinal alrededor del cual se generó el debate sobre el excepcionalismo alemán y la «polémica Fischer» que lo inició a principios de los años sesenta, *vid*. Juan José CARRERAS, «Introducción» al número monografico editado por Juan José CARRERAS, «El estado alemán (1870-1992)», *Ayer*, 5, 1992, pp. 11-25.

oposición existente entre ambos y la desconfianza que debían generar a los especialistas la utilización instrumental y las manipulaciones derivadas del «uso público de la historia»[13].

En su versión estricta de «usages politiques du passé», de suplantación de la crítica en los debates políticos abiertos a propósito de la historia más reciente, la cuestión de la opinión pública y los historiadores estaba servida[14]. Mucho más, cuando la continuación de la disputa venía a coincidir con los acontecimientos de 1989, el colapso del comunismo y el final del sistema bipolar, el renacimiento de los fundamentalismos religiosos y nacionalistas, las guerras en los territorios de la ex-Yugoslavia y la primera del Golfo[15]. Tal como

---

[13] Habermas, respondió a Nolte y otros historiadores «neorevisionistas» como Andreas Hillgruber, Klaus Hildebrand y Michael Stürmer, con su artículo «Eine Art Schadenabwicklung», publicado en *Die Zeit* (11 de julio de 1986, recogido en el libro que con el mismo título publicó la editorial Shurkamp en 1987, pp. 115-158), *vid*. Hans MOMMSEN, «L´héritage du III[e] Reich, le "nouveau" nationalisme et les historiens en R.F.A.», *Le Débat*, 45, mai-septembre 1987, pp. 132-47. Más adelante, ante la concesión del premio «Democracia» al profesor de Harvard Daniel Jonah Goldhagen y las reacciones críticas provocadas por su libro *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1997 (ed. en inglés de 1996), Habermas volvería a insistir sobre el tema en la controvertida conferencia «Sobre el uso público de la historia», en *La constelación posnacional. Ensayos políticos*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 43-55. Para el debate Goldhagen, *vid. infra* nota 21.

[14] *Vid*., las distintas colaboraciones que componen el libro colectivo dirigido por François HARTOG y Jacques REVEL, *Les usages politiques du passé*, Paris, Éditions de l´École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001. Y el excelente estudio histórico realizado por Juan José CARRERAS y Carlos FORCADELL en la «Introducción. Historia y política: los usos», al libro coordinado por ellos mismos, *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons, 2003, volumen que reúne las ponencias presentadas en al *VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Usos públicos de la historia, Zaragoza, 19-21 septiembre de 2002*.

[15] La influencia de estos acontecimientos en la historiografía fueron tempranamente señalados, entre otros, por Giovanni LEVI, «Sobre a relación entre crise política e historiografía», ponencia leída en el *Simposio internacional Balance de fin de seculo. A Histoia ante o seculo XXI* (1993),

explica Régine Robin, este paisaje político se vería completado en sus aspectos socioeconómicos, intelectuales e ideológicos con la representación del capitalismo como modo de producción «natural» de la sociedad contemporánea y el resurgir de la idea según la cual las estructuras del mercado y la democracia estaban naturalmente unidas, olvidando que la democracia había sido una conquista histórica[16].

De manera inmediata, todo ello resultó determinante para que la historiografía científica, inmersa desde principios de los ochenta en una especie de «patología sobre el sentido de la historia», se viera arrollada por impacientes reescrituras del pasado realizadas tanto a la luz de los conflictos políticos del presente como desde el supuesto «fin de las ideologías» que presumía la suspensión de la razón histórica[17]. No en vano, afirma Enzo Traverso, la decapitación del Jano, el monstruo totalitario (con una cara fascista y la otra comunista), y la instalación de Auschwitz en el corazón mismo de la memoria europea trajo, por un lado, la tesis (con sus diferentes

según el extracto realizado por Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO, «A Historia no século XXI. Crónica e resultados dun debate sobre a Historia no futuro», *Historia y crítica*, IV, 1994, pp. 391-392; Eric J. HOBSBAWM, «La Historia de nuevo, amenazada», *El Viejo Topo,* 72, febrero de 1994, pp. 4-7; o François DOSSE, «La historia al tombant... del segle», en Ángel SAN MARTÍN (ed.), *Fi de Segle. Incerteses davant un nou mil.lenni. X Universitat d´estiu a Gandia - 1993*, Valencia, Ajuntament de Gandia - Servei de Publicacions de la Universitat de València, 1994, pp. 79-85. Para el tema que nos ocupa la importancia de 1989 en la confrontación de las memorias judía, polaca o comunista creadas alrededor de Auschwitz y su museo, así como en el comienzo de una auténtica reflexión intelectual, la apuntaba Annette WIEVIORKA en «La mémoire communiste d´Auschwitz», en Stéphane COURTOIS, Marc LAZAR y Shmuel TRIGANO (dirs.*), Rigueur et passion. Mélanges offerts en hommage à Annie Kriegel*, Paris, Les Éditions du Cerf, 1994, p. 232.

[16] Régine ROBIN, *La mémoire saturée*, *o.c.*, p. 46.

[17] La afirmación de que «La prétendue fin des idéologies n´est rien d´autre qu´une suspension de la raison historique, qui ouvre la voie à l´irrationalisme, au néo-liberalisme, au nationalisme, au fondamentalisme religieux», la realiza Giovanni LEVI en la conclusión de su artículo «Le passé lointain. Sur l´usage politique de l´histoire», en François HARTOG y Jacques REVEL (dirs.), *Les usages politiques du passé, o.c.,* p. 37.

versiones desde la más vulgar representada por Fukuyama a la más refinada y noble de Habermas con su defensa del «patriotismo constitucional») de que Occidente había dejado de ser el origen del totalitarismo para transformarse en su víctima y el liberalismo en su redentor[18]. Y por otro, la inquietante y peligrosa represión (en el sentido psicoanalítico) de las raíces occidentales del nacional-socialismo, desarrolladas a partir de las interpretaciones historiográficas (la consideración de «barbarie asiática» de Nolte, la de «paréntesis ineluctable de la democracia liberal» de Furet o la concepción del «nazismo como patología alemana» de Goldhagen) que «comparten precisamente la tendencia a expulsar los crímenes hitlerianos de la trayectoria del mundo occidental» [19]. Pero ni las ideologías estaban muertas, ni los discursos históricos agotados.

---

[18] Enzo TRAVERSO, «La memoria de Auschwitz y del comunismo. El "uso público" de la historia», *Memoria. Revista mensual de política y cultura*, 166, diciembre de 2002, p. 1; en web: w.w.w.memoria.com.mx/166/traverso.htm). Este artículo resume las ideas expuestas por el autor en *La Historia desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001; *El totalitarisme: història d´un debat*, Valencia, Universitat de Valencia, 2002, y en las páginas de la introducción a *La violencia nazi. Una genealogía europea*, México, FCE, 2002, pp. 15-24. Para la consideración de Auschwitz como una de las «invenciones del recuerdo» utilizada por diferentes grupos para la elaboración de su propia memoria colectiva, una metáfora del siglo de la barbarie que ha transcendido su primigenio espacio físico y su identificación como lugar del recuerdo alemán construido y mantenido a través de una doble e inquietante pregunta ¿por qué no se pudo evitar a Hitler? y ¿por qué el crimen violento tuvo que suceder precisamente en Alemania?, *vid.* Peter REICHEL, «Auschwitz», en Etienne FRANÇOIS y Hagen SCHULZE (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte*, *o.c.,* pp. 600-21.

[19] Enzo TRAVERSO, «La memoria de Auschwitz y del comunismo…», *o.c., La violencia nazi, o.c.,* pp. 15 y 20-4, y «De l´anticommunisme, l´histoire du XXe siècle relue par Nolte, Furet et Courtois», en *L´Homme et la Société. Revue internationale de recherches et de synthèses en sciences sociales*, 140-141, avril-septembre 2001, pp. 169-94. Una semblanza historiográfica de «François Furet» que liga la obra del historiador a los grandes debates contemporáneos, la realiza Mona Ozouf en la obra coordinada por Véronique SALES, *Les historiens*, Paris, Armand Colin, 2003, pp. 284-300 (sus reflexiones sobre el totalitarismo, así como las críticas como nuevo paradigma anticomunista, en pp. 293-7); y en su breve presentación

Precisamente en este marco de confrontación de las «memorias nacionales» e intensificación de los interrogantes generados por el «uso público de la historia», las llamadas a la responsabilidad, al «dévoir de mémoire» y la función social del historiador[20], favorecieron que un grupo de profesionales abriera nuevos campos de investigación y recuperara temáticas anteriormente descuidadas, muchos de cuyos contenidos habían sido anticipados por la «querella de los historiadores» alemanes, desarrollados durante su segunda fase, a raíz del asunto Goldhagen[21], y ampliados en las constantes recidivas de la

---

«François Furet», en las Actas reunidas y presentadas por Benoît PELLISTRANDI, *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España,. Coloquio internacional (noviembre de 1999),* Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 53-62. La discusión metodológica de la comparación histórica y los diferentes registros del debate en la década de los noventa los apunta Henry ROUSSO en «La légitimité d´une comparaison empirique», en Henry ROUSSO (ed.)*, Stalinisme et Nazisme. Histoire et mémoire comparées*, Bruxelles, Complexe/IHTP, 1999, pp. 11-36; y Daniel LEVY, «Memoria storica e identità collettiva in Israele e nella Repubblica federale tedesca», *Passato e presente*, XVII, 47, 1999, pp. 31-42, especialmente pp. 32-4). En última instancia, por tratarse de una reciente traducción que aspira a ser un paso más en la trayectoria del antitotalitarismo liberal, mencionaré el libro de A. James GREGOR*, Los rostros de Jano. Marxismo y Fascismo en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2002.

[20] La actualidad del debate planteada por François Hartog y Jacques Revel cuando proponían como uno de los grandes temas para el XIX Congreso Internacional de Oslo que debía celebrarse en agosto de 2000, los «Usages et abus de l´Historie et responsabilité présente et passée de l´historien» («Note de conjoncture historiographique», en François HARTOG y Jacques REVEL (dirs.), *Les usages politiques du passé, o.c.,* p. 24), ha sido desarrollada por Olivier Dumoulin en un excelente libro en el que, a partir de la sentencia dictada sobre el asunto Maurice Papon en 1998, reflexiona sobre la naturaleza de la tarea de los historiadores y el papel social que la sociedad contemporánea atribuye a su actividad (*Le rôle social de l´historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003).

[21] Junto a lo señalado en la nota 13, los textos de la polémica están recogidos en *La Controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1997, y ha sido analizada por Javier MORENO LUZÓN, «El debate Goldhagen: los

misma[22]. En tiempos de mundialización cultural y «occidentalización» de la historiografía[23], si la controversia sobre el lugar del nacionalsocialismo y el holocausto en la memoria histórica alemana había tenido una amplia repercusión en Israel[24], Estados Unidos[25] y

---

historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana», *Historia y Política*, 1, abril 1999, pp. 135-59; y Johannes HEIL y Rainer ERB (eds.), *Geschichtswissenchaft und Öffentlichkeit. Der Streit um Daniel J. Goldhagen*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1998 *(Ciencia histórica y esfera pública. La controversia en torno a Daniel J. Goldhagen*).

[22] Como una recidiva escandalosa de la *Historikerstreit*, su trivialización posterior y una manifestación de la «demagógica política de la historia» tendente a «renacionalizar» Alemania, recordaremos la concesión el 4 de junio de 2000 del Premio «Konrad Adenauer» de la «Deutschlandstiftung» a Ernst Nolte que había iniciado su enfrentamiento con Habermas y otros historiadores a raíz de la aparición de su artículo «Vergangenheit, die nicht vergehen will» en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 6 de junio de 1986 y la publicación de su libro *Der europäische BürgerKrieg* (*La guerra civil europea, 1917-1945: nacionalismo y bolchevismo,* México, FCE, 1994), en los que cuestionaba la singularidad histórica del genocidio judío y avanzaba la hipótesis de una relación causal entre los crímenes del estalinismo y del nacionalsocialismo, señalando a la revolución rusa como la fuente originaria de los crímenes totalitarios del siglo XX. De esta manera, el ala derecha del CDU que controlaba dicha fundación, con el apoyo del director del Institut für Zeitgeschichte de Munich, no dudaba en premiar al historiador berlinés, considerado el perdedor de la disputa y cada vez más encerrado en su nacionalismo radical y su antiliberalismo (*vid*. Hans-Ulrich WEHLER*, Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts (1945-2000),* Göttingen, Wallstein Verlag, 2001, p. 83).

[23] Desde una perspectiva comparada, una visión panorámica sobre la cuestión de la «occidentalización» de la historiografía mundial la encontramos en los diferentes artículos del libro editado por Jörn RÜSSEN, *Western Historical Thinking. An Intercultural Debate*, New York, Berghahn Books, 2001 (especialmente los de Peter BURKE, «Western Historical Thinking in a Global Perspective. 10 Theses» y Hayden WHITE, «The Westernization of World History», pp. 15-30 y 111-8, respectivamente).

[24] Sobre el desarrollo de una corriente historiográfica de «nouveaux historiens» israelís, que critican las construcciones basadas en la memoria del holocausto e intentan corregir históricamente los mitos nacionales, *vid*. Ilan GREISALMER, *La nouvelle histoire d´Israël*, Paris, Gallimard, 1998.

Europa[26], las argumentaciones de Habermas comenzaron a servir de base para fundamentar y conceptualizar estudios sobre el «uso público de la historia» en países como Francia o Italia[27].

En este sentido, no parece extraño que fuera el malogrado Nicola Gallerano, uno de los directores de la revista *Passato e Presente*, quien con más ahínco se interesara por desarrollar la

---

[25] Sólo a título de ejemplo, para la recepción de la polémica en el mundo norteamericano recordaremos el número especial de la revista, editada por el filósofo crítico del postmodernismo, Andreas HUYSSEN, *New German Critique*, 44 (primavera-verano 1988) y el artículo de Wulf KANSTEINER, «Between Politics and Memory: The Historikerstreit and West German Historical Culture of the 1980s», en Richard J. GOLSAN (ed.), *Fascism´s Return. Scandal, Revision, and Ideology since 1980*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998.

[26] Centrándome en el texto en los debates generados en las principales historiografías de la Europa occidental, mencionaré cómo la recepción de las ideas de Nolte y la «sobrepolitización» de las interpretaciones históricas en los países poscomunistas de la Europa del Este y la ex Unión Soviética, con las consiguientes relecturas del pasado que transforma el comunismo en un paréntesis y las polémicas públicas suscitadas por la rehabilitación de Horthy, Antonescu o del zar Nicolás II, las señala Régine ROBIN (*o.c.*, pp. 108-44), siguiendo algunas de las colaboraciones aparecidas en el volumen colectivo editado por Henry ROUSSO, *Stalinisme et Nazisme…, o.c.*

[27] Además de lo señalado por Francesc VILANOVA (*o.c.*, pp. 150-151), resulta indicativo de la rápida recepción de la disputa en Italia y Francia el hecho de que las aportaciones de Habermas y de los distintos historiadores alemanes que participaron en el debate, fueran rápidamente presentadas a los lectores, primero, en revistas como *L´Histoire*, *Documents* o *Le Débat*. Y, en segundo lugar, en libros como el editado por Gian Enrico RUSCONI, *Germania: un passato che non passa. I crimini nazisti e l´identità tedesca*, Torino, Einaudi, 1987 (la definición de Habermas de *L´uso pubblico della storia*, en pp. 98-109), o *Devant l´histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l´extermination des Juifs par le régimen nazi*, Paris, Cerf, 1988. La recepción italiana del debate sobre el uso público de la historia en Giuseppe RICUPERATI, «Universalismo e uso pubblico della storia», *Rivista Storica Italiana*, CXI, III, 1999, pp. 680-705; y el impulso que la querella ha significado en la historiografía francesa en Christian DELACROIX, François DOSSE y Patrick GARCIA, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècles*, Paris, Armand Colin, 2002, pp. 270-271.

definición del filósofo alemán, impulsado por el objetivo académico de explicar las justificaciones de las guerras contemporáneas[28], la evidente hipertrofia de referencias históricas e «invenciones de la tradición» que trufaban el discurso público durante la última década del siglo XX, y el impacto mediático conseguido por varios libros escritos por historiadores italianos[29]. El profesor de la Universidad de Siena, no se conformó sólo con aplicar el concepto sino que, desde el reconocimiento de su utilidad como noción central para la historiografía y los valores éticos de Habermas al introducirlo en la discusión con Nolte, lo pasó por el tamiz de la crítica[30].

---

[28] Nicola Gallerano (1940-1996) que fue presidente del *Istituto romano per la storia d´Italia dal fascismo alla Resistenza*, miembro directivo del *Istituto nazionale per la storia del movimiento di liberazione* y del comité de dirección de las revistas *Movimento operaio e socialista*, *Passato e presente* y *Il viaggi di Erodoto*, se interesó por el uso público de la historia y la justificación de las guerras en artículos como «La guerra vera. Da Sarajevo a Bagdad passando per Danzica», en G. De LUNA (a cura di), *Insegnare gli ultimi 50 anni*, Firenze, 1992 o «Menti come spari, con parole di sangue», aparecido en su libro póstumo *La verità della storia. Scritti sull`uso pubblico del passato*, Rome, Edizioni Manifestolibri, 1999 (trabajo original de 1991). El *Istituto Gramsci Toscano* dedicó a este tema el coloquio, «El uso público de la historia durante las guerras del siglo XX» (celebrado en noviembre de 2000, las actas fueron publicadas en el monográfico «Le guerre del novecento e l´uso pubblico della storia», *Passato e presente*, XIX, 2001).

[29] Los dos libros que menciona Gallerano son los de Renzo DE FELICE, *Mussolini*, Torino, Einaudi, 1965-1990, 4 vols. (en 6 tomos) y el de Claudio PAVONE, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Torino, Bollati Boringhieri, 1991. Un ejemplo de su interés por este campo de investigaciones sería su artículo «La memoria pubblica del fascismo e dell´antifascismo», en el libro escrito en colaboración con G. Calchi NOVATI, L. CANFORA, E. COLLOTI, M. FLORES y L. PASSERINI, *Politiche della memoria* (Roma, Edizioni Manifestolibri, 1993, pp. 7-20).

[30] Después del avance presentado en «Histoire et usage public de l´histoire», *Diogène*, 168, 1994, pp. 87-106, su reflexión sobre la aplicación del concepto habermasiano a la historiografía contemporánea la expuso en la «Introduzione» y el capítulo «Storia e uso pubblico della storia», del libro colectivo editado por él mismo, *L´uso pubblico della storia*, Milano, Franco Angeli, 1995, pp. 7-32. Estos trabajos serían recogidos en *La verità della storia, o.c.*.

Después de examinarlo con atención, Gallerano estableció un conjunto de preguntas que le llevaron a señalar el excesivo peso de la especificidad alemana en la argumentación, a cuestionar los criterios ofrecidos para individualizar la relación que enlaza los dos planos del discurso y considerar como demasiado reduccionista la identificación exclusiva del «uso público de la historia» con el «uso político del pasado». En el cuerpo de su trabajo propuso una definición más abierta y compleja de un concepto problemático y contradictorio. Rechazando, de entrada, los prejuicios y la simple demonización de su práctica, sugirió las enormes posibilidades de un término en cuya explicación, además de los dominios de la cultura política, los medios de comunicación (desde el periodismo escrito a la televisión, el cine, el teatro, la fotografía o la publicidad) y, en general, las manifestaciones más visibles y discutidas del «uso público de la historia», incluía las artes y la literatura, la enseñanza, los museos históricos, los espacios urbanos y, por supuesto, la historiografía[31].

De una u otra manera, al descubrir distintos ámbitos de contaminación y conflicto sobre el pasado en el siglo XX y escribir que «e ci sono infine usi del passato che coinvolgono direttamente memoria, identità individuali e collective e hanno a mio giudizio tutt´altro significato e potenzialità liberatorie»[32], sentaba las bases para concluir con una llamada a los historiadores acerca de la urgente necesidad de utilizar el «uso público de la historia» para que de manera consciente y crítica fueran capaces de poner en cuestión la opacidad y la eternidad del pasado para rescatarlo de la tiranía del presente[33]. Primero porque, desde Tucídides hasta el historicismo decimonónico, la escritura de la historia había asumido como patrimonio propio la idea del tiempo lineal y el desarrollo continuo característico, por lo demás, del pensamiento judeo-cristiano. Al no significar otra cosa que es el pasado quien nos ha hecho como somos (el *nosotros* del aquí y ahora), continuidad y desarrollo, se encontraban en la raíz de la importancia asignada por el poder político

[31] Nicola GALLERANO, «Storia e uso pubblico della storia», *o.c.,* pp. 17-18.

[32] *Ibídem*, p. 19.

[33] *Ibídem*, p. 32.

a la gestión de la memoria histórica como instrumento privilegiado para el control del presente[34]. Y en segundo lugar porque, frente a la función política del historiador y su participación en el proceso de deformación del pasado[35], Gallerano trataba fundamentalmente de recordar que las pretensiones de cientificidad de la historia (la reivindicación de la libertad y la independencia crítica en la investigación), también habían sido enunciadas por los primeros historiadores griegos y eran perfectamente rastreables en las páginas de las grandes obras de la historiografía moderna y contemporánea[36].

---

[34] *Ibídem*, p. 22. Resulta inevitable recordar las críticas al tiempo lineal, la causalidad histórica y la idea de progreso planteadas por el filósofo de la «rememoración», Walter BENJAMIN, en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia* (*Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 177-91). Una descripción de las mismas en Stéphane MOSÈS, *El Ángel de la Historia. Rosenzweig, Benjamin, Scholem*, Valencia, Frónesis-Cátedra-Universitat de València, 1997, pp. 135-47) y, un intento de comprender la coherencia y transcendencia de uno de los textos más significativos del pensamiento crítico marxista, en Michael LÖWY, *Walter Benjamin: Avertissement d´incendie. Une lecture des thèses «Sur le concept d´histoire»,* Paris, PUF, 2001. Desde otra perspectiva, la idea de que «Progreso e historismo, aparentemente contradictorios, nos ofrecen un rostro de Jano, el rostro del siglo XIX», en Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 89; y del mismo autor «Continuidad y cambio en toda la historia del tiempo presente. Observaciones histórico-conceptuales»*, Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 115-33.

[35] Como recalca Gallerano, se trata de un fenómeno, bien visible desde los mismos orígenes de la propia historia de la historia hasta los años en los que escribía («Storia e uso pubblico della storia», *o.c.,* pp. 17-18). Abundantes ejemplos sobre su implicación directa con el poder y las deformaciones del pasado realizadas por los historiadores los proporcionan las diferentes colaboraciones del volumen dirigido por François HARTOG y Jacques REVEL, *Les usages politiques du passé, o.c.*, y en la introducción de Juan José CARRERAS y Carlos FORCADELL a *Usos públicos de la historia, o.c.*

[36] Nicola GALLERANO, «Storia e uso pubblico della storia», *o.c.*, pp. 22-3.

Más allá de las brechas epistemológicas abiertas en las murallas del conocimiento histórico, Habermas y Gallerano se incorporaron a la larga lista de filósofos, científicos sociales e historiadores empeñados en recordarnos que en la historia de la historia no hay un desarrollo evolutivo de las argumentaciones historiográficas, sino que es más bien el fruto de una tensión continua, de una sucesión de debates acerca de problemas recurrentes, acerca de conceptos esencialmente en conflicto[37]. De hecho, cuando los dos autores publicaron sus trabajos el interés por la «memoria», especialmente por las experiencias traumáticas producidas por las guerras, se había infiltrado en el pensamiento histórico contemporáneo.

Para entonces, mientras la noción de «devoir de mémoire» se incorporaba con fuerza al discurso intelectual, político y de los medios de comunicación[38], en el campo de la historiografía se estaba creando

[37] En unos momentos de continua reactualización del pasado y retornos de «lo nacional» y «la identidad», puede ser ilustrativo de lo que pensaban un grupo de historiadores británicos a finales de los años sesenta, las optimistas afirmaciones del especialista en el siglo XVII inglés John Harold Plumb, acerca del desarrollo de la historiografía crítica en Europa y su contribución «a debilitar la fuerza del pasado», esa «ideología forjada con un fin preciso para dominar a otros hombres, para orientar la evolución de una sociedad o para inspirar a una clase» (*La muerte del pasado*, Barral, Barcelona, 1974, p. 14). En una dirección similar la confianza en la profesión de historiador de Paul M. Kennedy le permitía considerar a la historiografía nacionalista como algo del pasado («The Decline of Nationalistic History in the West, 1900-1970», en Walter LAQUEUR and George L. MOSSE (eds.), *Historians in Politics*, London, Sage Publications Ltd., pp. 329-52). Ambos trabajos los cita Miquel MARÍN GELABERT, «La investigación histórica en la Universidad de Zaragoza, 1955-1970», en Ignacio PEIRÓ y Pedro RÚJULA (coords.), *En construcción. Historia local contemporánea*, Zaragoza, Centro de Estudios Darocenses-Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 461-2.

[38] La explicación de las expresiones «deber de memoria» y «trabajo de memoria» en la gran obra de Paul RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Editorial Trotta, 2003, pp. 118-24 (1ª. ed. francesa, Paris, Éditions du Seuil, 2000), y en su contestación incluida en el «Debate» del libro dirigido por Françoise BARRET-DUCROQ, *¿Por qué recordar?. Foro internacional Memoria e Historia, Unesco, 25, marzo, 1998, La Sorbonne, 26, marzo, 1998*, Barcelona, Granica, 2002, pp. 64-5. Un estudio crítico sobre

un amplio frente de batalla en el que se dirimía la sustitución de la propia historia[39]. Y es que, escribía el filósofo preocupado por la «política de la justa memoria», Paul Ricoeur, «En determinadas circunstancias, en particular cuando el historiador es confrontado con lo horrible, figura límite de la historia de las víctimas, la relación de deuda se transforma en deber de no olvidar»[40]. Cita que, dejando de lado sus irreprochables valores de ética social, nos traslada al corazón del discurso memorial, pues, ya lo había dicho Halbwachs, «sauver de l´oubli» y reconstruir «les souvenirs des événements et des expériences» comunes, concretas y perennes de los grupos, se situaban en el primer plano de intereses de la «memoria colectiva»[41].

---

el origen del concepto, su definición por parte de diversos autores y su posible utilidad en el trabajo histórico lo realiza el filósofo canadiense Emmanuel KATTAN, *Penser le devoir de mémoire*, Paris, Presses Universitaires de France, 2002.

[39] Así plantea el problema Gabrielle M. SPIEGEL, «Memoria e historia: tiempo litúrgico y tiempo histórico», en Miguel Ángel Cabrera y Marie McMahon, *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía*, La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2002, pp. 55-69. Un apunte sobre la trayectoria historiográfica de la profesora de historia medieval de la Universidad Johns Hopkins en José Enrique RUIZ-DOMÈNEC, «Gabrielle M. Spiegel: una americana en París», *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, Península, 2000, pp. 254-67. Desde otra perspectiva, resulta muy esclarecedor el artículo de Reinhart KOSELLECK, «Las esclusas del recuerdo y los estratos de la experiencia. El influjo de las dos guerras mundiales sobre la conciencia social», en *Los estratos del tiempo…, o.c.*,pp. 135-54.

[40] Paul RICOEUR, *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 167. La preocupación por «une politique de la juste mémoire» en *La historia, la memoria, el olvido*, donde señalará que «no tenemos nada mejor que la memoria para garantizar que algo ocurrió antes de que nos formásemos el recuerdo de ello» (*o.c.*, p. 23).

[41] En la medida en que, para Maurice Halbwachs, la sociología de la memoria fue también una batalla científica al mismo tiempo que política, *vid*. el «Postface» escrito por Gérard NAMER en la edición crítica de *La mémoire collective* (Paris, Albin Michel, 1997; 1ª. ed. 1950), pp. 237-95, en el que hace referencia al debate sostenido, en 1925, por el sociólogo con Marc Bloch, para quién las ideas del primero suponían una condena de la historia en nombre de la sociología (pp. 282-7). Si bien la importancia de los

De ahí a transformar la tarea del historiador en la de un nostálgico «desenterrador de muertos», un minucioso «elaborador de inventarios de testigos» o un exhaustivo «rescatador de recuerdos» al servicio de las modas dominantes en el seno de la opinión pública, sólo hay un paso[42].

Y precisamente porque sólo hay medio, para que las nociones de olvido y recuerdo (con su cortejo de asociados como pueden ser la negación, la nostalgia, la melancolía o el duelo) que, por sí mismas, pertenecen al campo de las emociones y los sentimientos y alcanzan su pleno desarrollo social en el espacio moral y cívico, penetren por ósmosis la fina membrana del conocimiento histórico, confundiéndose con las verdaderas categorías historiográficas y confundiendo a los historiadores que las utilizan[43]. Relegados, pues, a los cajones más

---

recuerdos y las relaciones entre la memoria y la historia, las había establecido en *La mémoire collective* (pp. 62 ss. y 97-142), Halbwachs respondió al historiador annalista en *La Topographie légendaire des Évangiles* (1941) donde escribió que la «memoria colectiva» es «une reconstruction du passé […] elle adopte l´image des faits anciens aux croyances et aux besoins spirituels du présent», frente a la historia y su apropiación abstracta, universalista y objetiva del pasado (p. 7., *cit*. por Gérard NOIRIEL, *Qu´estc-ce que l´histoire contemporaine?*, Paris, Hachette, 1998, p. 198-9).

[42] Tempranamente, en su pionera y brillante investigación sobre el pensamiento histórico judío que serviría de obertura a los debates sobre la historia y la memoria, Yosef Hayim Yerushalmi, señaló los peligros de la búsqueda faústica de todo el pasado y denunció cómo el delirio de exhaustividad de la memoria se revela contraria al mismo proyecto de hacer historia (*Zakhor. Histoire juive et mémoire juive*, Paris, La Découverte, 1984 pp. 118-119; 1ª. ed. en inglés 1982; *cit*. por Paul RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido, o.c.*, p. 524; analiza la obra en pp. 520-525).

[43] La idea de la confusión conceptual la lanzó Juan José CARRERAS en «¿Por qué decimos memoria cuando queremos decir historia», *Conferencia de clausura del IV Congreso de Historia Local de Aragón, celebrado en Barbastro, 3-5 de julio de 2003*. Una idea que, por lo demás, planea en los debates internacionales y sirve como hipótesis de partida a muchos trabajos sobre la memoria. Baste, como ejemplo, el artículo de Anna ROSSI-DORIA, «Una storia di memorie divise e di impossibili lutti» (*Passato e presente*, XVIII, 49, 2000, pp. 133-140), donde señala que, «Il recente dibattito italiano su identità nazionale e memoria appare denso di confusioni» (p. 133); y el

ocultos de la erudición el modelo de la historia *magistrae vitae* [44], las remotas desconfianzas de los historiadores ante la memoria (desde el propio Tucídides) y los preceptos de aquellos autores que, como Fustel de Coulanges, preconizaban que el verdadero trabajo de historiador debía comenzar por «l´oublier»; los nuevos tiempos han instalado la «memoria» en el mismo corazón de la historia como una «categoría metahistórica, teológica perfecta», un sistema de convenciones que permitía reivindicar la centralidad del presente en las reconstrucciones del pasado[45].

Sea como fuere, lo cierto es que inmersos en plena ceremonia de la confusión conceptual, a nadie pueden sorprender las profesiones de fe científicas y las públicas devociones que suscitó(a) la «memoria», un término cuya pérdida de significado preciso se encontraba «en proporción directa al aumento creciente de su poder retórico»[46]. Tampoco resulta sorprendente el que, una vez destapada la caja de los recuerdos, las «guerras de la memoria» (con sus silencios, olvidos y secretos, pero también con la visibilidad y la aceptación en

---

capítulo que dedica a «Mémoire et histoire: la confusion», Henry ROUSSO en *La Hantise du passé, o.c.,* pp. 11-47.

[44] La longevidad del modelo en Reinhart KOSELLECK, *Futuro y pasado, o.c.,* pp. 41-66, y Juan José CARRERAS, «Teoría y narración en la historia», *Ayer*, 12, 1993, pp. 15-27.

[45] François HARTOG en *Régimes d´historicité. Presentisme et experiences du temps*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, señala que la «Mémoire est, en tout cas, devenu le terme le plus englobant: une catégorie métahistorique, théologique parfois» (p. 17), la referencia a Tucídides y Fustel de Coulanges en pp. 134 y 148, respectivamente del capítulo 4, «Mémoire, histoire, présent» (pp. 113-62). Hartog analizó las propuestas sobre el «olvido del presente» del antiguo profesor de historia de la Edad Media de La Sorbona en *Le XIXe siècle et l´historie. Le cas Fustel de Coulanges*, Paris, Presses Universitaires de France, 1988, pp. 136-7.

[46] Así se expresaba John R. GILLIS, oponiendo esta pérdida a la innumerable variedad de significados que estaba adquiriendo un término nuevo como es el de «identidad» («Introduction. Memory and Identity: The History of a Relationship», en el libro colectivo por él mismo coordinado, *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 1994, la cita p. 3; *cit.* por Anna ROSSI-DORIA, *o.c.,* p. 133).

el espacio público de los testimonios de las víctimas portadoras de «verdad»)[47], marcaran el desarrollo de una historiografía cuya función parecía estar abocada, más que nunca, a practicar una «lecture judiciaire de l´histoire» que obligaba a los historiadores a abandonar su puesto de observadores del pasado para convertirse en uno de los actores principales del debate público[48]. Sobre todo, cuando se escribía que los «recientes procesos por crímenes contra la humanidad, así como las revelaciones sobre el pasado de algunos hombres de Estado, incitan a pronunciar cada vez más llamamientos a la "vigilancia" y al "deber de guardar memoria"; se nos dice que ésta "tiene derechos imprescriptibles" y que debemos constituirnos en "militantes de la

[47] Junto a lo señalado en la nota 5, el «deber de testimoniar» de los supervivientes, así como el reconocimiento de los límites de la representación de su memoria, en Enzo TRAVERSO, *La Historia desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales, o.c.,* pp. 188 y 192.

[48] El término y las ideas sobre la ética del historiador las desarrolla Henry ROUSSO en su conversación con Philippe PETIT, *La Hantise du passé*, Paris, Textuel, 1998, pp. 86-93, y en «¿Juzgar el pasado?. Justicia e historia en Francia», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 11, primavera, 2003, pp. 77-91 (traducción del artículo del mismo título recogido en *Vichy, l´evénement, la memoire, l´histoire*, Paris, Gallimard, 2001). La imbricación de la justicia y las actuaciones de los historiadores, las polémicas internas suscitadas acerca del fenómeno del historiador «experto» y la necesidad de los trabajos históricos como base de los debates cívicos, en la primera parte del libro de Olivier DUMOULIN, *o.c.*, pp. 27-146. Por lo demás, y recordando los lamentos de March Bloch por la manía de juzgar de ciertos historiadores (*Apologie pour l´histoire ou métier d´historien*, Paris, Armand Colin, 1993, pp. 156-9; 1ª. ed., 1949); si Carlo Ginzburg había advertido sobre los efectos perniciosos de una historiografía escrita según el modelo de la argumentación judicial (*El juez y el historiador. Consideraciones al margen del proceso Sofri*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993, pp. 19-21), la profesora Règine Robin ha señalado como los procesos judiciales han puesto en duda los testimonios y desacreditado la credibilidad de la misma historia (*o.c.*, pp. 260-71 y 278-86). Después de todo, afirma Andreas Huyssen, «la memoria no puede ser un sustituto de la justicia; es la justicia misma la que se ve atrapada de manera inevitable por la imposibilidad de confiar en la memoria» (*En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE, 2002, pp. 39).

memoria"»[49]. También, cuando debían enfrentarse a ciertos usos y prácticas de la memoria marcadamente politizadas, derivadas de los recuerdos críticos de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría[50] o de los procesos de transición democrática que han tenido lugar en la historia del mundo actual[51]. Y en última instancia, ante la reaparición del presente perpetuo en el que «el pasado parece estar reemplazando al futuro como lugar privilegiado de referencia en el debate político»[52].

---

[49] Tzvetan TODOROV, *o.c*, p. 50. La importante crisis de la «mémoire nationale» francesa, provocada por la «cuestión judía» y, en particular, por el caso del alto funcionario y político Papon, la anunciaba Paul THIBAUD en «Un temps de mémoire?», *Le Débat*, 96, septembre-octobre 1997, pp. 166-83.

[50] Diversas aproximaciones a las conexiones directas entre la memoria de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría y su utilización en las políticas policiales y domésticas desarrolladas por los gobernantes europeos, en el volumen editado por Jan-Werner MÜLLER, *Memory and Power in Post-War Europe: Studies in the Presence of the Past*, New York, Cambridge University Press, 2002.

[51] *Vid*. las distintas colaboraciones incluidas en el libro colectivo editado por Alexandra BARAHONA DE BRITO, Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ y Carmen GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Madrid, Istmo, 2002. De cualquier modo, respecto a los efectos beneficios o nefastos que tiene la memoria de una historia «dolorosa», según el papel que desempeñe en el seno de una sociedad, Emmanuel Kattan explica como: «Certains usages de la mémoire visent à attiser les haines ancestrales et à justifier les violences d´aujourd´hui à partir d´une interprétation –souvent mythique- du passé national. D´autres utilisations de la mémoire peuvent lui faire jouer un rôle déterminant dans le processus de transition d´une société ver la démocratie. La mémoire des conflits passés vise alors à renforcer le processus de réconciliation et à édifier un nouvel ordre social sur des bases démocratiques solides» (*Penser le devoir de mémoire, o.c.,* p. 104).

[52] Fina BIRULÉS, «La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido», en Manuel CRUZ (comp.*), Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 141 y 148. Ante la explosión sin precedentes de la memoria, Andreas HUYSSEN escribe que: «Da la sensación de que en la actualidad el pasado es evocado para proveer aquello que no logró brindar el futuro en los imaginarios previos del siglo XX» (*En busca del futuro perdido, o.c*., p. 7). La instrumentalización de la nostalgia del pasado, el recurso a la no-

Sobre este punto, quizás sea interesente recordar las palabras del filósofo Manuel Cruz acerca de que, «constituye un grueso error, tanto teórico como práctico, manejar una imagen rígida del pasado, como si fuera un territorio por descubrir (o una propiedad por guardar). Cuando en realidad se ha convertido en el escenario en el que ha empezado a librarse una nueva batalla»: la batalla por la política como tal y lo político como espacio de conflicto y pluralismo[53]. Traducida a claves historiográficas, podemos presumir que, de ningún modo, se trata de un combate en el que se dirime la primacía conceptual o metodológica entre la memoria y la historia. Antes bien, dentro de la complejidad que conlleva la explicación del lugar central alcanzado por la memoria en el espacio público contemporáneo, se puede apuntar con François Hartog que, como resultado de la crisis del «régimen de historicidad» desatada a lo largo del siglo XX, la memoria ha superado a la historia por sublimación al convertirse en un instrumento privilegiado para la interrogación permanente y unívoca del presente[54]. Y debemos sospechar, desde luego, que lo que está en juego es la posibilidad de una historia abierta

---

contemporaneidad y el presentismo en Règine ROBIN, *o.c.,* pp. 48-51 y 415-20; Jérôme BASCHET, «L´histoire face au présent perpétuel. Quelques remarques sur la relation passé/futur», en François HARTOG y Jacques REVEL (dirs.), *Les usages politiques du passé, o.c.,* pp. 55-74 (la noción de presente perpetuo en p. 65); y François HARTOG, *Régimes d´historicité, o.c.,* p. 18.

[53] A partir de la distinción, señalada por Todorov, «que hay entre la recuperación del pasado y su utilización subsiguiente» (*Los abusos de la memoria, o.c.,* p. 17) y de advertir acerca de las «consecuencias en las que desemboca un mal uso de la memoria», Manuel Cruz, señala que «no es tanto una batalla por la victoria de la buena política frente a la mala, como por la posibilidad de que la política misma siga existiendo, esto es, porque el presente recupere algo de la condición plástica, maleable, que jamás debió perder» («El pasado en la época de su reproductibilidad técnica», en Manuel CRUZ (comp.*), Hacia dónde va el pasado…, o.c.*, pp. 17-19 y 29. Como complemento y ejemplo de la actualidad teórica del presente, el libro de Ignacio IZUZQUIZA, *Filosofía del presente. Una teoría de nuestro tiempo*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.

[54] François Hartog, escribe que: «Un régimen d´historicité n´a d´ailleurs jamais été une entité métaphysique, descendue du ciel et de portée universelle. Il n´est que l´expression d´un ordre dominant du temps» (*Régimes d´historicité, o.c.,* p. 118).

a la multiplicidad de los futuros posibles y la imprevisibilidad del presente[55]. Una historia sin renuncias, dirigida a suscitar la atención de la opinión pública y rescatar de la tutela de la clase política, tanto las «representaciones» selectivas de la memoria del liberalismo como los proyectos más conservadores de las democracias amnésicas, «no antifascistas»[56].

La consagración pública de la memoria: políticas del recuerdo y representaciones del pasado.

Desde la esfera ética de la profesión, la cuestión de la opinión pública y los historiadores se ponía de nuevo sobre el tapete de la actualidad de una historiografía que, difícilmente, podía considerarse a sí misma como inocente. Menos aún, cuando el sueño de la objetividad imaginado por los maestros de la profesionalización[57] se

[55] Michael LÖWY, *Walter Benjamin…, o.c.,* pp. 125-37. Y el capítulo que dedica a la crisis del futuro, el historiador del tiempo Krysztof POMIAN en *Sur l´histoire*, Paris, Gallimard, 1999, pp. 233-62 (artículo publicado originalmente en *Le Débat*, 7, 1980, pp. 5-17). Pedro RUIZ TORRES ha dedicado a éste autor y su obra un importante comentario historiográfico en «Imaginación, memoria e historia», *Pasajes. Revista de pensamiento*, 12, Otoño 2003, pp. 109-16.

[56] Como recuerda Enzo TRAVERSO, «Una democracia "no antifascista" –como la defendida por François FURET en *Le passé d´une illusion* y los historiadores conservadores de Italia y Alemania- sería una democracia amnésica, frágil, un lujo que no pueden permitirse Europa que conoció a Hitler, Mussolini y Franco y América Latina que conoció a Pinochet y Videla» («La memoria de Auschwitz y del comunismo…», *o.c.,* p. 3).

[57] Como recuerda Gérard Noiriel, a lo largo del proceso de profesionalización de la disciplina forjado desde finales del siglo XIX, los historiadores universitarios adoptaron una serie de medidas (el ideal de la objetividad, sería una de ellas) dirigidas, primero, a preservar su autonomía de «los grupos que utilizan la historia para defender sus intereses partidistas»; y, en segundo lugar, como norma que les ha permitido argumentar el carácter científico de la historia y «criticar las insuficiencias y las contradicciones de su disciplina» («Historia: por una reflexión pragmatista», en M. Cruz ROMEO e Ismael SAZ (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, València, Universitat de València, 2002, p. 27). En cierto sentido, Noiriel contesta a la crítica de Peter NOVICK desarrollada, en su ya clásico libro, *Ese Noble Sueño*.

desvanecía bajo el peso de las incertidumbres que rasgaban los velos de la comunidad científica[58] y, en mayor medida, por los desequilibrios crecientes establecidos entre la búsqueda de la verdad histórica y la conversión del pasado en un problema político de primer orden. Esto se debía, no tanto a las simplificaciones y burdas manipulaciones de la historia como instrumento de la batalla política diaria, ni tampoco a la polarización y fragmentación ideológica de la República de las Letras históricas, sino al hecho de que, desde el espacio político, la «demanda social» de la «expertise sur le passé» estaba alcanzando proporciones desconocidas hasta entonces[59].

En efecto, la creación de un mercado oficioso de la historia paralelo al mercado universitario[60], ha establecido una zona fronteriza

---

La objetividad y la historia profesional norteamericana, México, Instituto Mora, 1997 (1ª. ed. en inglés 1988).

[58] Desde perspectivas bien distintas, junto a la ponencia mencionada de Gérard NOIRIEL, autor de la conocida *Sur la «crise» de l´histoire* (Paris, Belin, 1996), un buen estado de la cuestión sobre las incertidumbres que atravesaron la historiografía en la década de los noventa lo podemos encontrar en las ponencias de Martin SABROW, «¿Un estado, dos culturas?. La unificación alemana diez años después»; Pedro RUIZ TORRES, «La renovación de la historiografía española: antecedentes, desarrollos y límites»; y Juan José CARRERAS, «Certidumbre y certidumbres. Un siglo de historia» recogidas en la primera parte el libro editado por M. Cruz ROMEO e Ismael SAZ (*o.c.,* pp. 11-83).

[59] *Vid.*, Gérard NOIRIEL, *Qu´est-ce que l´histoire contemporaine?, o.c.,* pp. 183 y 206-10. Junto a lo señalado por Olivier DUMOULIN (*o.c.*, pp. 27-146), un apunte general sobre la importancia de la denominada «demanda social» en la historiografía contemporánea, en Ismael SAZ, «Franquismo, el pasado que aún no puede pasar», *Pasajes. Revista de pensamiento*, 11, primavera, 2003, pp. 56-7.

[60] Utilizo la expresión de «mercado oficioso» –por no decir directamente oficial-, pues, esencialmente ha sido impulsado y patrocinado por los organismos estatales, instituciones de la administración local y ayuntamientos, si bien también aquí se incluyen las sociedades privadas (desde la Iglesia hasta las obras culturales de los bancos y cajas de ahorros) y las fundaciones históricas de sindicatos, partidos políticos o asociaciones de todo tipo. Para el caso francés una enumeración de este nuevo mercado y sus lazos con instituciones oficiales como el *Institut d´Histoire du Temps Présent*

caracterizada, de una parte, por la explosión sin precedentes de la denominada «invención del historiador experto» y la autocomplaciente promoción pública de los «historiadores cortesanos» de todo tipo que aceptan la gestión de las distintas políticas de la memoria en calidad de especialistas del pasado[61]. Y de otra, por el enfrentamiento, muchas veces ideológico, con los historiadores profesionales que en nombre de la «ciencia» y la «objetividad», denuncian este «uso público de la historia», rechazando los objetivos políticos perseguidos para imponer una determinada «cultura del recuerdo»[62]. Desde luego, esta proliferación de péritos y técnicos-memorialistas ha impulsado el desarrollo de ciertos aspectos del oficio del historiador, directamente implicados con el mundo de la sociedad civil e inseparables de la denominada «estética de la distracción», como pueden ser la creación de espacios culturales y el mostrar versiones de la historia destinadas al puro entretenimiento y la evasión[63]. Pero, sobre todo, ha servido para convertir la noción de

---

(IHTP), en Gérard NOIRIEL, *Qu´est-ce que l´histoire contemporaine?, o.c.*, pp. 207-208. Peter NOVICK, señala que «mucho de lo que entraba en la denominación de "historia oficial" era de hecho "historia privada", trabajo histórico al servicio de dependencias gubernamentales, empresas u otras organizaciones con idearios muy particularistas, incompatibles con los principios universalistas de la objetividad desinteresada» (*Ese Noble Sueño…, o.c.,* pp. 612-3; en general a la historia no académica estadounidense dedica las pp. 611-22).

[61] Olivier DUMOULIN titula «Invention de l´histoiren expert» el primer el capítulo de su libro *Le rôle social de l´historien* (*o.c.*, pp. 27-62), indicando los desplazamientos que ha producido en el terreno de la ciencia y las confusiones que se produce con los auténticos «especialistas» (pp. 33 ss).

[62] El concepto ha sido definido por el egiptólogo alemán Jan ASSMANN en *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*, Munich, Verlag C.H. Beck, 1997 (1ª. ed. 1992) y en *Religion und kulturelles Gedächtnis. Zehn Studien*, München, Verlag C.H. Beck, 2000. Como recordaba Nicola Gallerano, «L´objettivo perseguito non è più un popolo da educare ma un áudience da raggiungere, per mezzo della storia ma non solo, con lo spettacolo della politica» («Storia e uso pubblico della storia», *o.c.,* p. 32).

[63] Así lo reconocen Nicola GALLERANO, «Storia e uso pubblico della storia», *o.c.,* p. 19; y Gérard NOIRIEL en *Qu´est-ce que l´histoire contemporaine?, o.c.*, pp. 174-9.

«patrimonio» en la clave que sustenta el escenario sobre el que se despliega el espectáculo de la «memoria» y la «conmemoración»[64]. Una representación que, impulsada por la pasión modernizadora de la políticas urbanas (incluidas sus efusiones conservadoras y restauracionistas), el florecimiento del gusto por el *revival,* el auge renovado por los «lieux de mémoire» y la musealización del pasado[65], encuentra en el turismo «un potente instrumento para el dominio del presente»[66] y transforma al turista, ese viajero consumidor de «pasados extraños», en su público estelar [67].

---

[64] *Vid*. François HARTOG*, Régimes d´historicité, o.c.,* p. 132. En páginas posteriores, además de rastrear la historia de la noción de patrimonio, entiende su florecimiento como «une manière de vivre les césures, de les reconaître et de les réduire» (p. 205). Sobre el frenesí conmemorativo desatado en las últimas décadas del siglo XX, *vid*. Pierre NORA, «L´ere de la commémoration», en Pierre NORA (dir.), *Les Lieux de mémoire*, III, *Les France*, vol. 3., *De l´archive à l`emblème*, Paris, Gallimard, 1992, p. 997.

[65] La invasión de la memoria en la escena pública, la musealización, la trivialización del pasado y la aparición del revisionismo en el arte las denuncia Andreas HUYSSEN *En busca del futuro perdido, o.c.,* (en especial los capítulos, «Pretéritos presentes: medios, política, amnesia» y «Anselm Kiefer: el terror de la historia y la tentación del mito», pp. 13-39 y 79-121, respectivamente).

[66] François HARTOG*, Régimes d´historicité, o.c.,* 126.

[67] Según la conocida expresión de David LOWENTHAL*, El pasado es un país extraño* (Madrid, Akal, 1998; 1ª. ed. en inglés 1985). Las ideas expuestas en este libro sirven a Antonio Gómez Ramos, para reflexionar sobre dos tipos de grandes consumidores de pasado actuales: el turista y el nacionalista. El primero, tranquilo devorador de pasados soñados y acabados, visitante de restos «huellas de algo terminado y despedido, pero hábilmente conservado, incluso reconstruido por especialistas gracias a la técnica presente». Y el segundo, rememorador obsesivo de agravios pasados, para quienes «es el recuerdo reiterado de que hubo un pasado ahora perdido lo que termina por otorgar la identidad misma» («Por qué importó el pasado (el espejo deformante de nuestros iguales)», en Manuel CRUZ (coord.), *Hacia dónde va el pasado…, o.c*., pp. 77-9). Por su parte, mientras Régine Robin, señala algunos casos del «tourisme de la mémoire» (*La mémoire saturée, o.c.*, pp. 342-4), el tema del turista y la trivialización del pasado se pueden rastrear en las distintas colaboraciones del libro editado por Michel FRANK, *Tourismes, touristes, sociétés*, Paris, Éditions l´Harmattan, 1998.

Sin embargo, no todo es tan ingenuo como aparenta. En unos momentos de regresión ideológica y amordazamiento del pensamiento crítico, resulta innegable que las mejores representaciones de esta realidad se encuentran en el fortalecimiento de la «identidad», un término relativamente nuevo convertido en un concepto «croos-cultural»[68], cuyas conexiones le han llevado a ocupar un espacio dominante tanto en los discursos sobre el pasado realizados por la «memoria oficial»[69] como en los modernos procesos de sacralización de ciertas memorias convertidas en fetiches y auténticas religiones civiles[70]. Un verdadero paradigma que se adapta igualmente a la

[68] Así define el concepto Richard HANDLER en su artículo, «Is "Identity" a Useful Cross-Cultural Concept?», en John R. GILLIS (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity, o.c.*, pp. 27-40. A la vez que, John R. Gillis, señalaba la novedad del término en el articulo introductorio, donde estudiaba el desarrollo de la «memoria pública» en relación con la historia de la nación-estado (*o.c.,* pp. 3-26); Eric HOBSBAWM, reflexionaba sobre los problemas de la identidad en la historia («La historia de la identidad no es suficiente», artículo de 1994, recogido en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 266-76; volviendo a hacer hincapié sobre sus peligros en *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 376-8). Finalmente François Hartog ha subrayado como la memoria, el patrimonio y la conmemoración confluyen en el concepto de identidad (*o.c.,* p. 132).

[69] El empleo del término «mémoire officielle» en Marie-Claude LAVABRE, «Du poids et du choix du passé. Lecture critique du "Syndrome de Vichy"», *Cahiers de l´IHTP*, 18, juin 1991, pp. 182-4. Sobre la utilización de la memoria oficial en el plano de las relaciones internacionales y la geopolítica, *vid*. Valèrie-Barbara ROSOUX, *Les usages de la mémoire dans les relations internationales*: *le recours au passé dans la politique étrangére de la France à l´égard de l´Allemagne et de l´Algérie, de 1962 à nos jours*, Bruxelles, Bruylant, 2001.

[70] Después del libro de Henry ROUSSO, *Vichy, un passé qui ne passe pas* (Paris, Gallimard, 1996, escrito en colaboración con el periodista Éric Conan), en que tomaba distancias contra el «memorialismo» de una parte de la historiografía francesa y criticaba la sacralización de la memoria de Vichy; el norteamericano Peter NOVICK denunció, en su polémico libro, *The Holocaust in American Life* (Houghton Mifflin Co, 1999; versión francesa, *L´Holocauste dans la vie américaine*, Paris, Gallimard, 2001), la

historia y la memoria: de ahí la enorme utilidad que demuestra en el terreno del control de las políticas del recuerdo, de la continuidad de los símbolos identitarios y la gestión de los repertorios de imágenes estereotipadas sobre los que se elabora el concepto de tradición y la memoria cultural de las sociedades[71]. Sin olvidar, por supuesto, su importancia en la elaboración de ese «espejo de alteridad» que son los «otros»[72], incluidas las construcciones más simplistas y depravadas

---

sacralización del Holocausto en Estados Unidos que se ha convertido en una religión civil cuyo profeta incontestable es Elie Wiesel, una memoria fetichizada que tiende a despojar progresivamente al judeocidio de su carácter histórico para conferirle una dimensión mítica. Por lo demás, se da la paradoja de que, con la creación en Washington de un Museo Federal del Holocausto, se ha nacionalizado la memoria de un hecho ocurrido en Europa, mientras que ningún museo recuerda dos aspectos esenciales de la historia norteamericana como el genocidio de los indios y la esclavización de los negros (*cit*. por Enzo TRAVERSO, «La memoria de Auschwitz y del comunismo…», *o.c*., p. 2).

[71] Sobre el control consciente del concepto de tradición y algunas polémicas generadas sobre el mismo (desde Freud a Derrida, Yerushalmi, Richard J. Berstein o Gadamer), *vid*. Jan ASSMANN, *Religion und kulturelles Gedächtnis*. *o.c.,* pp. 39-41; y Juan José CARRERAS en su crítica al concepto de tradición en Gadamer (*vid. infra* nota 111). Por su parte, mientras David LOWENTHAL, rastrea las conexiones de la identidad con la tradición y la historia («Identity, Heritage, and History», en John R. GILLIS (ed.), *Commemorations…, o.c*., pp. 41-60); Daniel Levy señala el particular interés desde el punto de vista conceptual del tema de la continuidad y la discontinuidad, en tanto en cuanto la memoria se convierte en un requisito de la identidad, la cual se basa en el desarrollo de la identidad en el curso del tiempo («Memoria storica e identità collettiva in Israele e nella Repubblica federale tedesca», *o.c*., p. 32). Un buen ejemplo de la historia de las políticas simbólicas centrado en el análisis de tres momentos de la memoria nacional francesa en el libro de Pascal ORY, en *Une nation pour mémoire 1889, 1939, 1989 trois jubilés révolutionnaires, o.c.*

[72] Para el enmarañado «laberinto de las diferencias» y la importancia de los otros, el «espejo de la alteridad» (Oriente, Islam, o Judaismo), en la construcción de la propia identidad (yo / nosotros), *vid*. el libro coordinado por Pedro GÓMEZ GARCÍA, *Las ilusiones de la identidad*, València, Frónesis-Cátedra-Universitat de Valencia, 2001; y, por las abundantes referencias bibliográficas que aporta, las páginas que le dedica Ignacio OLÁBARRI en su artículo, «La resurrección de Mnemósine: historia, memoria e identidad», en

acerca de los «enemigos tradicionales»[73]. Distintas manifestaciones de un mismo fenómeno en el que el funcionamiento de la historia-memoria confluye con la identidad política a la que sirve[74].

Por otro lado, tampoco puede negarse que la dificultad para establecer criterios historiográficos fiables, justificados por la misión pedagógica encomendada a los expertos y los valores de la divulgación (entiéndase vulgarización) alegados por los periodistas y

---

Ignacio OLÁBARRI y Francisco Javier CASPISTEGUI (dirs.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 163-9.

[73] Cinco ensayos acerca de este tipo de construcciones las encontramos en las colaboraciones dedicadas a Versalles, los turcos, el judío, Tannenberg y el bolchevique, que forman el capítulo «Erbfeind», en el libro editado por Etienne FRANÇOIS y Hagen SCHULZE, *Deutsche Erinnerungsorte*, München, Verlag C.H. Beck, 2003 (1ª. ed. 2001), pp. 391-468. De cualquier modo, un apunte acerca de que «las culturas no solo generan alteridad al construir una identidad, sino que también producen técnicas de traducción», es decir, pretenden «hacer más trasparentes los límites que hemos marcado mediante distinciones culturales», en el intento de análisis histórico del antisemitismo que es el libro de Jan ASSMANN, *Moisés el Egipcio*, Madrid, Oberon, 2003, pp. 14-5.

[74] Las polémicas desarrolladas a raíz de aquel gran momento estelar que fue la celebración del Bicentenario de la Revolución Francesa y la detallada descripción de los lazos que, una serie de historiadores franceses, establecieron con las más altas instancias del Estado y con los medios de comunicación, las apunta Pascal ORY en *Une nation pour mémoire 1889, 1939, 1989 trois jubilés révolutionnaires*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1992, pp. 219-30 y están desarrolladas en las obras del norteamericano Steven KAPLAN, *Adieu 89* (Paris, Fayard, 1993), Patrick GARCÍA, *Le Bicentenaire de la Révolution française. Pratiques sociales d´une commémoration* (Paris, Éditions du CNRS, 2000) y, de manera resumida, en Gérard NOIRIEL, *Qu´est-ce que l´histoire contemporaine?, o.c.,* p. 207. Sobre el momento conmemorativo y la politización creciente de la historia en España, *vid*. Pedro RUIZ TORRES, «Les usages politiques de l´histoire en Espagne. Formes, limites et contradictions», en François HARTOG y Jacques REVEL (dirs.), *Les usages politiques du passé, o.c.,* pp. 129-56.

aficionados en general[75], ha generado un contexto favorable para la cómoda instalación de un «relativismo que convalida cualquier relato como relato posible»[76]. Con una fortuna editorial que casi nunca suele ir acompañada de la fortuna historiográfica, el fenómeno se prolonga al otorgar carta blanca a todo tipo de «revisionismos» y «purificadores de la Historia» que, empeñados en trivializar cuando no en negar la realidad del pasado, sus «descubrimientos» son saludados por los medios de comunicación con cortesía como adquisición de una verdad contrapuesta a los «engaños habituales» de los otros historiadores[77].

---

[75] Los peligros del «pédagogisme», así como las relaciones problemáticas entre las nociones de «devoir de mémoire» y «devoir de transmission», los anuncia Régine ROBIN en *La mémoire saturée, o.c.*, pp. 337-41; centrado en el caso francés, *vid.* las páginas que les dedica Christian DELACROIX en el libro que escribe en colaboración con François DOSSE y Patrick GARCIA, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècles*, *o.c.,* pp. 267-72; y tomando como punto central el genocidio judío, el capítulo 4 de Emmanuel KATTAN, *Penser le devoir de mémoire, o.c.,* pp. 67-88.

[76] Aunque extraída de su contexto valga la cita entrecomillada del maestro Juan José Carreras, y su continuación cuando escribe, «confundiendo, como dijo en cierta ocasión el sociólogo francés Pierre Bourdieu, la realidad de la representación con la representación de la realidad» («Certidumbre y certidumbres. Un siglo de historia», *o.c.,* p. 81). En este mismo sentido, Peter Novick, reproduce una cita de Richard Rorty, en la que señalaba: «El "relativismo" es la opinión de que cualquier creencia sobre algún tema, o quizás sobre cualquier tema, es tan buena como cualquier otra. Nadie sostiene esto. A excepción de los advenedizos ansiosos por cooperar, no se puede encontrar a nadie que diga que dos opiniones incompatibles sobre temas importantes son igualmente buenas» (*Ese Noble Sueño…, o.c.,* p. 644).

[77] Para el análisis crítico y militante del revisionismo, junto a los ya clásicos trabajos de Pierre VIDAL-NAQUET, *Les Assasins de la mémoire. «Un Eichmann de papier» et autres essais sur le révisionisme* (Paris, La Découverte, 1991) y de la especialista en «Jewish Studies» Deborah LIPSTADT, *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory* (New York, The Free Press, 1993), en los que denuncian los delirios ideológicos de los «negacionistas», la lectura perversa de los textos y cómo, desde los setenta, se han introducido en departamentos de historia de Gran Bretaña y, sobre todo, de Estados Unidos; presenta una amplia panorámica (desde Japón a España, pasando por Rusia, Estados Unidos, Israel, Francia o

Enmarcado en el proceso de «reconfiguración de las relaciones entre la memoria colectiva y la identidad nacional», escribe Daniel Levy, la principal característica que distingue al revisionismo histórico, aparte de su capacidad para evaluar o reinterpretar nuevas o viejas temáticas, es su habilidad para formular cuestiones metodológicas (la comparación histórica mencionada más arriba es una de los más controvertidas) presentándolas bajo la forma de problemas de interés público[78]. Desde el campo privilegiado de la historia del presente contemporáneo, el revisionismo se sirve de los resquicios de la «memoria colectiva», la «memoria viviente de lo vivido como decía Halbwachs», que «no es ni cronológica ni distante» y «yuxtapone la agudeza del detalle en la cotidianidad y el vacío de la memoria sobre el acontecimiento preciso»[79], para entrar en competencia con las propuestas más profesionales. De esta manera, al transformar los parámetros del discurso histórico y legitimar una determinada imagen del pasado alumbrada a la luz de términos políticos del presente, el problema se acentúa cuando los «juicios de valor» revisionistas traspasan los confines académicos y adquieren resonancia en amplios sectores del público, determinando su comprensión de los fenómenos históricos y confundiendo su opinión sobre los mismos. Sobre esta cuestión, Eric Hobsbawm, después de haber señalado las limitaciones de la función de historiador como destructor de mitos históricos, no dudó en concluir su artículo exponiendo, con toda la crudeza que conlleva su memoria del siglo XX, que: «la historia mala no es historia inofensiva. Es peligrosa. Las frases que se escriben en teclados aparentemente inocuos pueden ser sentencias de muerte»[80].

Italia) Régine ROBIN en el capítulo 5, «Le nouvel air du temps», así como la definición del «negacionismo» y los ejemplos que analiza en la segunda parte de su libro (*o.c.,* pp. 169-215; 219-70).

[78] Daniel LEVY, «Memoria storica e identità collettiva…», *o.c.*, p. 33.

[79] Los entrecomillados pertenecen al intento de definición de «memoria colectiva», por parte de Régine ROBIN, «Literatura y biografía», *Historia y Fuente Oral*, 1, 1989, pp. 69-85, los entrecomillados en p. 71).

[80] Eric HOBSBAWM, «La historia de la identidad no es suficiente», *o.c.,* p. 276. Ideas similares acerca de la importancia actual de la historia y la necesidad del historiador las ha expuesto en su autobiografía, *Años interesantes…, o.c.*, pp. 273.

En último término, una de las consecuencias más evidentes de este cambio de coyuntura intelectual, donde según la lógica de la confusión aplicada las interferencias entre la historia y la memoria son continuas, ha sido la consagración universal de la memoria, su globalización ideológica y circulación en el espacio público a través de la prensa, la literatura, las imágenes y las representaciones artísticas y cinematográficas[81]. Y como un eco revelador de los equilibrios contemporáneos entre la mundialización de la cultura historiográfica y el particularismo en el modo de elaborar la historia de cada nación se han multiplicado las «querellas de los historiadores» nacionales y sus polémicas sobre «el deber y el cómo transmitir la historia».

Mantener el pasado en el pasado: la memoria y la práctica historiográfica.

De todas maneras, la afirmación del conocimiento histórico en la esfera pública durante las últimas décadas del siglo XX, había traído consigo el aprendizaje de la «propia experiencia de los tiempos que corren» de unos historiadores profesionales cuyas miradas interiores comenzaron a aproximarse mediante la incorporación de

[81] Patrick H. HUTTON escribió que: «El reciente interés de la memoria por los historiadores está ligado al énfasis actual en las imágenes y formas de la representación» (*History as an Art of Memory*, Hanover, University Press of New England, 1993, p. 22; *cit.* por Ignacio OLÁBARRI en la nota 87 de «La resurrección de Mnemósine…», *o.c.*, p. 170); y Régine ROBIN ha descrito sus versiones más actualizadas (desde la fotografía a los nuevos espacios de la escritura (internet y el ciberespacio) en la tercera parte, «Du mémoriel au virtuel», de *La mémoire saturée, o.c.*, pp. 379-478. Por su parte, la relación de los nuevos museos con las tendencias de la nueva cultura memorial y la importancia que otorga a las imágenes y representaciones, las recuerda Michael WERNER, «Deux nouvelles mises en scène de la nation allemande. Les expériences du Deutsches Historisches Museum (Berlin) et du Haus der Geschichte der Bundesrepublik Deutschland (Bonn)», en François HARTOG y Jacques REVEL (dirs.), *Les usages politiques du passé, o.c.,* pp. 77-97; y Sören BRINKMANN, «La fascinación del terror. El nuevo Centro de Documentación en Nuremberg», *Aula. Historia Social*, 10, otoño 2002, pp. 81-9.

temáticas y «conceptos de paradigmas concurrentes»[82]. En el tema que nos ocupa, una rápida visión panorámica del desarrollo de la historiografía durante este período permite apreciar tres grandes espacios/momentos de convergencia y enfrentamiento de la memoria con la práctica historiográfica[83]. Por supuesto, esto deberemos entenderlo en su sentido descriptivo, pues, del mismo modo que en la historia y las demás ciencias sociales los giros paradigmáticos, además de continuos y constantes, no son irreversibles; nunca hay que creer que sus diferentes fases están separadas unas de otras, sino que se interpolan mediante un proceso permanente de interrelación, subordinación y dominio conceptual. A partir de aquí, podemos hablar de un primer momento desarrollado desde principios de los años setenta en la medida en que la cuestión de la memoria, unida hasta entonces a los nombres de afamados psiquiatras, escritores, filósofos, historiadores del arte o sociólogos[84], comenzó a atraer la atención de los historiadores preocupados por promover la «historia desde abajo». En este sentido, muchos de los nuevos campos de investigación surgidos de la historia social (fecundados también con conceptos

[82] Juan José CARRERAS, «Certidumbre y certidumbres. Un siglo de historia», o.c., p. 83.

[83] Ofrece una buena síntesis general del proceso, Gérard NOIRIEL, *Qu´est-ce que l´histoire contemporaine?*,o.c., pp. 198-206.

[84] Dejando de lado los inumerables estudios dedicados a Freud, Proust o Bergson, sólo mencionaré, por coincidir con los trabajos del sociólogo Halbwachs y, como veremos, porque sus ideas sobre la memoria y el recuerdo cultural influirán en autores contemporáneos, al gran historiador del arte Aby Warburg que, en los años veinte, tituló uno de sus proyectos *Mnemosyne*. Desde la hipótesis de que la presencia de lo antiguo en lo nuevo no era producto de la mera presencia material, sino el producto de transmisiones y adquisiones intelectuales, concluía que en la cultura se objetivizan experiencias humanas que después de milenios pueden volver a actuar como impulsos (*vid*. Jan ASSMAN, *Religion und kulturelles Gedächtnis, o.c.*, p. 201). Sobre su concepción de la memoria y la importancia que otorga al lenguaje, como almacen de imágenes que aparecen como una memoria supraindividual cuyas expresiones salen a la luz por la acción de los artistas, *vid*. las páginas de Michael PODRO, *Los historiadores del arte críticos*, Madrid, La balsa de la Medusa, 2001, pp. 218-9; y, especialmente, el excelente libro de E.H. GOMBRICH, *Aby Warburg: una biografía intelectual*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

procedentes de la antropología, la etnografía o la teoría literaria), se involucraron con el tema de la «memoria individual y colectiva» desde el horizonte de la historia oral y la consideración de la memoria como fuente de la historia.

En el marco de esta nueva correspondencia entre la «memoria social» (generacional y comunicativa) y la historia, se publicaron libros innovadores sobre las historias de vida y las autobiografías de quienes nunca tuvieron voz en el pasado, acerca de las memorias étnicas como instrumento para la construcción de identidades o dedicados al estudio de la cultura de las clases populares y su vida cotidiana[85]. Pronto, cimentado sobre el valor otorgado a los testimonios orales y/o testigos oculares de los acontecimientos y la reivindicación en el análisis histórico de un nuevo concepto de subjetividad[86], las posibilidades de este gran espacio se vieron

[85] Entre otros muchos, los artículos de Michel TREBITSCH, «Du mythe à l´historiographie», incluido en el monográfico dirigido por Danièle VOLDMAN, *La bouche de la Vérité?. La recherche historique et les sources orales*, de *Cahiers de l´IHTP*, 21, nov. 1992, pp. 13-32, y el amplísimo aparato erudito que presenta Ignacio OLÁBARRI en «La resurrección de Mnemósine…», *o.c.,* pp. 160-71, me eximen de repetir el impresionante desarrollo experimentado por la historia oral desde 1948 hasta principios de los años noventa. Con todo, en el texto pensamos, por ejemplo, en el fenómeno de la *public history* norteamericana, desarrollada alrededor de *The Public Historian* (revista fundada en 1978), y sus esfuerzos por reflejar los procesos de activación y construcción de la memoria estadounidense (*vid*. Michael KAMMEN, «Public History and National Identity in the United States», *Amerikastudien / American Studies*, 44, 1999, pp. 459-75 y las páginas que le dedica en «Clio and Her Colleagues in the United States During the Twentieth Century,…», *o.c.*), o en las conocidas tendencias que abarcan desde los *History workshops* británicos y la *Alltagsgeschihte* alemana a la historia de la vida cotidiana italiana.

[86] Sobre la reivindicación de la «subjetividad» (constituida por la idiosincracia y la intersubjetividad) y sus relaciones con alguno de los argumentos de Derrida, Foucault o Althusser, *vid*. David SIMPSON, «La crítica literaria y el retorno a la "historia"», en Antonio PENEDO y Gonzalo PONTÓN (comps.), *Nuevo Historicismo*, Madrid, Arco/Libros, 1998, pp. 299-300; también, en el artículo de Robert FRANK, «La mémoire et l´histoire», en Danièle VOLDMAN (dir.*), La bouche de la Vérité?, o.c.,* pp. 65-72, y el

ampliadas por la emergencia de una corriente caracterizada, primero, por elevar la memoria a objeto de la investigación histórica. Y, en segundo lugar, por el desafío que suponía para el presente de las sociedades la recuperación de la memoria más dramática y el conocimiento de las experiencias de los vencidos por la historia más reciente.

En efecto, con el transfondo de los agitados climas de opinión creados por la tardía celebración de procesos judiciales por crímenes guerra y contra la humanidad en Francia, Alemania, Israel o Italia, y la consolidación institucional de la «historia del tiempo presente» como disciplina[87], esta política de la rememoración contemporánea ha precipitado sobre el mercado un alud de publicaciones dedicadas a historiar la memoria de la «era de las catástrofes»[88]. Se trata de un

---

ensayo de Luisa PASSERINI, *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria* (Firenze, La Nouva Italia, 1988). Por lo demás, este último libro se trata de un excelente tratado metodológico sobre los testimonios orales que puede servir como ejemplo de la abundante producción de manuales aparecidos desde finales de los ochenta y nos da pie para citar la reciente traducción al castellano del trabajo de James FENTRESS y Chris WICKHAM, *Memoria social*, València, Frónesis-Cátedra-Universitat de València, 2003 (1ª. ed. inglesa 1992).

[87] *Vid. Écrire l´histoire du temps présent. En hommage à François Bédarida*, Paris, Éditions du CNRS, 1993; y Henry ROUSSO, *La Hantise du passé, o.c.,* pp. 49-84. Un apunte sobre la revisión acerca de la relación entre la historia y la memoria, introducida por la historia del tiempo presente, en François DOSSE, *L´histoire*, Paris, Armand Colin, 2000, pp. 113-4.

[88] De la inmensa bibliografía generada, mencionaré, dos obras que se implican directamente con la historia de la memoria de la catástrofe inicial del siglo XX: *Les Fusillés de la Grande Guerre et la mémoire collective (1914-1999)* de Nicolas OFFENSTADT (Paris, Éditions Odile Jacob, 2002), que, dedicado a estudiar la «mémoire des fusillés dans l´espace public, telle qu´elle est "fabriquée" par les différents acteurs» (p. 12), su publicación se enmarca las polémicas provocadas por el intento de rehabilitar a los «poilus» fusilados en la primavera de 1917. Y por situarse en esta misma línea, además de recordar el debate generado en Gran Bretaña en 1998 por los 307 fusilados en la Primera Guerra Mundial, citaré el polémico libro de Niall FERGUSON (*The Pity of War*, London, Allen Lane, The Penguin Press, 1998) en el que niega las tentativas contemporáneas de justificar el conflicto y las

número cada vez mayor de obras históricas escritas con el objetivo público de remover la conciencia de los ciudadanos ante la concepción de la historia cerrada, sin utopías, instalada en la perennidad de un único paradigma socio-económico y anclada en el orden que supone la relación con un pasado controlado, saturado de memoria y mitologías nacionales. Una historia pensada desde la libertad y la crítica que pretende restituir la complejidad del pasado y defenderlo como un valor en sí mismo[89]. Y un horizonte emancipador, en suma, hacia el que irremediablemente se ve empujado el Ángel de la Historia[90], mientras su mirada sigue capturada por los horrores del siglo XX (representados por los iconos de Auschwitz y el Gulag)[91], los montones de ruinas sobre los que se reconstruye la memoria judía del Holocausto (por lo demás, una de las empresas de investigación historiográfica sobre la memoria más tradicional, próspera e influyente)[92], las obsesiones francesas por los pasados que no pasan[93],

---

considera como algo fútil, una ofensa a la memoria de los muertos (*cit.* por Emmanuel KATTAN, *o.c.,* pp. 62-6).

[89] Henry ROUSSO, *La Hantise du passé, o.c.,* pp. 137: «On n´écrit pas l´histoire avec pour objetif de défendre telle ou telle valeur, c´est l´écriture libre et critique, restituant toute l´épaiseur et toute la complexité du passé, qui est une valeur en soi et qui, elle, mérite d´être défendue».

[90] La imagen del *Angelus Novus* de Walter Benjamin en la IX *Tesis sobre la filosofía de la historia* (*o.c.*, p. 183), la explicación de la noción de rememoración y la alegoría de este ángel marxista/judío, en Stéphane MOSÈS, *El Ángel de la Historia…o.c.,* pp. 125-32 y145-7; y, Michael LÖWY, *Walter Benjamin: Avertissement d´incendie*, *o.c.,* pp. 71-9.

[91] Una muy personal reflexión historiográfica sobre el atroz siglo XX, no inclinada «precisamente al optimismo», la realiza Juan José CARRERAS en la lección sexta, «El ángel de la historia», de sus *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 85-97.

[92] La extraordinaria influencia y desarrollo de los estudios sobre la memoria del Holocausto, la apunta Gabrielle M. SPIEGEL en «Memoria e historia…», *o.c.*. El ex-profesor de la Paul University de Chicago Norman G. FINKELSTEIN, denunció sus aspectos comerciales en *La industria del Holocausto* (Madrid, Siglo XXI, 2002), libro que despertó grandes críticas por sus conexiones con los «negacionistas» (*vid.* el artículo del periodista y director-adjunto de *Le Monde*, Thomas FERENCZI, «La Shoah et la levée de l´interdit», *Le Monde*, 13/14 août, 2000). Mucho más compleja es la revisión histórica de las actitudes americanas hacia el Holocausto, desde la Segunda

la memoria pública italiana sobre el fascismo y el antifascismo[94], las culpabilidades colectivas y amnesias alemanas o los acontecimientos que rompen la imagen ideal del *american dream*[95].

Guerra Mundial hasta el presente realizada por Peter NOVICK en *The Holocaust in American Life* (*o.c.*). Partiendo de la hipótesis de que sólo se convirtió en una preocupación central de los judíos y otros americanos a finales de los años setenta, la obra discute su uso público y revela cómo su sentido contemporáneo se ha desarrollado en el marco de unas determinadas condiciones políticas. Entre otras cosas, el profesor de la Universidad de Chicago, además de establecer un importante paralelo entre el ascenso del sionismo y la ayuda hacia Israel (considerado, en sus orígenes, como un acto de expiación moral), con el repliegue del activismo social de los intelectuales judíos, el desarrollo de una «política de la identidad» y el ascenso del «sentido del Holocausto», no duda en señalar el contraste que supone el acercamiento histórico al tema con el «enamoramiento» actual entre memoria y narrativa.

[93] Con trabajos pioneros como el del director del IHTP, Henry ROUSSO, *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours* (Paris, Éditions du Seuil, 1987), que marca una etapa decisiva en la consolidación de la «historia de la memoria» en la historiografía francesa. A grandes rasgos, podemos señalar que las grandes obsesiones francesas contemporáneas por sus «passés qui ne passent pass» y las polémicas generadas entre la historia y la memoria serían: Vichy, el olvido de la guerra de Argelia, las grandes figuras de la Resistencia, el tema de la memoria comunista, y, más recientemente, junto al mencionado intento de rehabilitar a los «poilus» fusilados en la Gran Guerra, la cuestión de la integración de las otras memorias en el multiculturalismo francés (*vid.* Christian DELACROIX, François DOSSE y Patrick GARCIA, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècles*, *o.c.*, pp. 267-72, y Régine ROBIN, *o.c.*, pp. 184-5 y 268; y Paul RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido, o.c.*, p. 122).

[94] De manera similar a lo que está ocurriendo en Francia, durante los últimos años el debate sobre la Resistencia en Italia –desde la aparición del libro de Pavone-, ha hecho que la historiografía de izquierdas, integre su interpretación bajo el concepto de «guerra civil», abandonando la visión tradicional de la Resistencia como movimiento nacional contra el «nazifascismo» (Enzo TRAVERSO, «Nazisme et mémoire», entrevista con Olivier Morel, p. 5: www.republique-des-lettres.com/t1/traverso.shtml)

[95] El alcance de los diversos acontecimientos históricos nacionales (desde los Estados Unidos y Alemania hasta el Japón), su relación con el revisionismo y los intentos por reconstruir la historia desde «el olvido», en

Hay además otra cuestión que no se puede dejar de lado, y es que estos historiadores han adoptado una actitud precisa al justificar la utilidad colectiva de la historia profesional desde la voluntad, consciente o no, de enjuiciar el pasado del nazismo, la Segunda Guerra Mundial y, después de la caída del Muro de Berlín, del comunismo[96]. Desde una perspectiva militante (bien diferente a la historiografía de partido y al revisionismo partisano), intentan presentar la imagen ética del historiador en su doble condición de protagonista social cargado de memoria y responsabilidad profesional, más allá de sus posiciones ideológicas[97]. Ideas que, además de

---

Régine ROBIN, *La mémoire saturée, o.c.* pp. 169-95. En general, para aquellas investigaciones dedicadas a la otra cara de la moneda: el silencio y el olvido como enemigo y a la vez complemento de la memoria, *vid.* las reflexiones de Paul RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido*, *o.c.*, pp. 539-91, que podemos completar con su breve colaboración y las de los historiadores René Remond y Henry Rousso o el sociólogo Dominique Schnapper incluidas en la segunda parte dedicada a «Memoria y olvido», del libro dirigido por Françoise BARRET-DUCROQ, *¿Por qué recordar,o.c.*, pp. 69-90; y las ponencias del coloquio organizado por *Le Monde* y publicadas en el volumen colectivo dirigido por Thomas FERENCZI, *Devoir de mémoire, droit à l´oubli?*, Bruxelles, Complexe, 2002.

[96] Henry ROUSSO, *La Hantise du passé, o.c.,* pp. 86-8; y Enzo TRAVERSO, «La memoria de Auschwitz y del comunismo….», *o.c.*, pp. 1-4.

[97] El aspecto militante con que el historiador debe ponerse al servicio de la «verdad», considerada uno de los valores propios de su trabajo, los recuerda Pauline Schmitt Pantel al estudiar el itinerario intelectual de un autor que ha sabido compaginar su especialidad de historiador de la Grecia antigua con la mirada crítica de los acontecimientos de la Francia contemporánea, reconociendo la tensión existente entre «la vérité et mémoire; que la recherche de la vérité n´est pas la même chose que la transmisión de la mémoire» («Pierre Vidal-Naquet», en Véronique SALES (coord.), *Les historiens, o.c.*, pp. 317-33, la cita p. 331); y Annette WIEVIORKA, «Pierre Vidal-Naquet face aux "assasins de la mémoire", en François HARTOG, Pauline SCHMITT et Alain SCHNAPP (dirs.), *Pierre Vidal-Naquet, un historien dans la cité*, Paris, Éditions La Découverte, 1998, pp. 191-8. Por su parte, Emmanuel KATTAN considera la noción de «integridad» y el principio de la «responsabilidad» como fundamentales en el trabajo de los historiadores sobre la memoria (*Penser le devoir de mémoire*, *o.c.*, pp.

remitirnos a la mejor tradición de las ciencias sociales representada, por ejemplo, por el sociólogo Norbert Elias, cuando vinculaba las variaciones individuales de los intelectuales con los patrones sociales de compromiso y distanciamiento[98], permiten poner sobre la mesa de la crítica historiográfica las diversas tomas de posición de los historiadores ante los acontecimientos límite que les ha tocado vivir en el siglo de la guerra total y la negación del Estado de derecho[99].

En todo caso, si observamos el curso de la historiografía en el último tercio del siglo pasado, encontramos otros territorios en los que

---

128-9 y 134-6). En el mismo sentido se manifiesta François HARTOG: «Pour que ele générations futures aient encore una vie humanine et qu´elles se souviennent aussi de l´inhumanité de l´homme» (*Régimes d´historicité*, *o.c.,* p. 216)

[98] Tradición vinculada a Weber, Simmel y Mannheim, Gramsci o Lukács y que en el caso del apátrida autor de *El proceso de la civilización* (1939), las explicaría en *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento* (Barcelona, Península, 2002, en particular pp. 38-47), y volvería a hacer hincapié en *Mi trayectoria intelectual*, Barcelona, Península, 1995, pp. 165-83. Para una aproximación al pensamiento histórico de Norbert Elias (1897-1990), *vid*. Jürgen KOCKA, «Norbert Elias desde el punto de vista de un historiador*», Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65, 1994, pp. 93-101; Carlos A. AGUIRRE, «Norbert Elias: historiador y crítico de la modernidad», *Er. Revista de Filosofía*, 23, 1998, pp. 107-30; y Philippe SALVADORI, «Norbert Elias», en Véronnique SALES (coord.), *Les historiens…, o.c*., pp. 119-36.

[99] Para el tema del genocidio *vid*. la tipología que establece el profesor de la Universidad de Picardia-Jules Verne (Amiens), Enzo TRAVERSO en *La Historia desgarrada, o.c*.. Por otra parte, mientras Phillippe Burrin no ha dudado en dedicar un capítulo a la «acomodación oportunista» de los intelectuales franceses, incluido un historiador tan intocable como Lucien Febvre (*La France à l´heure allemande, 1940-1944,* Paris, Éditions du Seuil, 1995, especialmente pp. 322-8); tampoco lo ha hecho el maduro representante del grupo de los *Sozialhistoriker* de Bielefeld, Hans-Ulrich WEHLER, al denunciar la abstinencia política de la «nueva historia cultural» alemana que no se ha pronunciado en ninguna de las recientes polémicas de los historiadores, ni se ha sentido interpelada en las controversias públicas (*Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts (1945-2000, o.c.,* pp. 81-4).

la unión entre la memoria y la historia se articularon alrededor de los numerosos comentarios suscitados por el libro inacabado de Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*[100] , y la noción de «historia de la memoria», entendida como «una historia de los usos del pasado en los sucesivos presentes»[101]. No podemos detenernos aquí en el análisis de las numerosas corrientes de la «memoria normal» (no traumática) surgidas en el período[102], tampoco en desvelar sus conexiones con la

[100] Maurice HALBWACHS, *La mémoire collective*, *o.c.,* la obra fue esbozada a lo largo de veinte años, entre 1925 y 1944. Sobre la actualidad de Halbwachs, además de las obras de Jan Assmann citadas y los trabajos del sociólogo y filósofo Gérard NAMER, autor de las más recientes ediciones críticas de *La mémoire collective* y *Les Cadres sociaux de la mémoire* (Paris, Albin Michel, 1994) y dos trabajos clásicos, *Batailles pour la memoire. La conmémoratión en France de 1945 à nos jours* (Paris, Papyrus, 1983) y *Mémoire et société* (Paris, Méridiens Klincksieck, 1989); mencionaré, las páginas que le dedica Paul RICOEUR en *La memoria, la historia, el olvido, o.c.*, pp. 157-62 y 515-20; los artículos de la especialista en la historia de la memoria del PCF, Marie-Claude LAVABRE, «Maurice Halbwachs et la sociologie de la mémoire», *Raison présente,* 128, 1998, pp. 47-56; de Carlo GINZBURG, «Shared Memories, Private Recollections», *History & Memory*, 9, 1, spring-summer, 1997, pp. 353-63; los recogidos en el dossier dedicado a «La memoria collettiva» por la revista *Rassegna Italiana di Sociologia*, 3, 2002, pp. 365-441; y el del psicólogo social Amalio BLANCO, «Los afluentes del recuerdo: la memoria colectiva», en José María RUIZ-VARGAS (comp.), *Claves de la memoria*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 83-105.

[101] Christian DELACROIX, François DOSSE y Patrick GARCIA, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècles*, *o.c.*, p. 263.

[102] Por su intento de precisar las relaciones entre historia y memoria, mencionaré tres obras que, junto a alguna de las señaladas en el texto, considero importantes: En primer lugar, el fundamental y pionero libro de la famosa investigadora del instituto Warburg de la Universidad de Londres, Frances A. YATES, *The Art of Memory*, Chicago, University of Chicago Press, 2001 (1ª. ed. 1966). También, las reflexiones historiográficas de Jacques LE GOFF, iniciadas con *Histoire et mémoire,* Paris, Gallimard, 1977, por su insistencia en que son dos formas de conocimiento distintas, aunque presentan interdependencias evidentes. Y, finalmente, el estudio del profesor de la Universidad de Vermont, Patrick H. HUTTON, *History as an Art of Memory* (*o.c.*), en el que rastreando las ideas de diversos pensadores sobre las relaciones de la historia y la memoria (desde Vico a Foucault, pasando por Freud, Halbwachs o Philippe Ariés), intenta construir una historia intelectual

multiplicidad de propuestas vinculadas al retorno de «la identidad» y «lo nacional»[103], ni adentrarnos en el resurgir de ese fenómeno intermedio y no siempre claro que son las narraciones autobiográficas[104]. Sin embargo, si quiero recordar cómo, siguiendo también la estela trazada por el sociólogo francés desaparecido en Buchenwald y retomando algunos planteamientos historiográficos que se remontaban a los años veinte[105], un segundo gran espacio/momento empezó a cristalizar mediante la agrupación de diferentes líneas de investigacion. Y lo hizo, cuando una serie de autores de procedencia y

---

del concepto de memoria en Europa, analizando la función de la historiografía como portadora de la memoria colectiva desde el siglo XVIII y ofreciendo una panorámica final sobre las relaciones de la historiografía postmoderna con la memoria.

[103] *Vid*. Christian DELACROIX, François DOSSE y Patrick GARCIA, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècles*, *o.c*., pp. 261-2; y la bibliografía que aparece en el artículo de Ignacio OLÁBARRI, «La resurrección de Mnemósine…», *o.c*.,

[104] Una aproximación al fenómeno autobiográfico (situado en el espacio de las experiencias y el tiempo de la memoria), característico de la producción historiográfica contemporánea, en Ignacio PEIRÓ, «En busca de la memoria. La "vocación autobiográfica" de los historiadores», en Miguel Ángel CABRERA y Marie MCMAHON, *La situación de la Historia…, o.c*., pp. 159-89.

[105] Además de lo señalado para el historiador del arte Aby Warburg (*vid. supra* nota 84), Gérard Noiriel indica cómo la obra de Marc BLOCH, *Les Rois thaumaturges* de 1924, presentada como uno de las investigaciones pioneras de historia de las mentalidades, puede ser considerado también como un estudio de historia de la memoria, al rastrear la continuidad de la creencia en los poderes curativos del Rey a través de los siglos y su adaptación a las exigencias de los distintos presentes (*Qu´est-ce que l´histoire contemporaine?, o.c*., pp. 199-200). En una línea similar, podemos situar la obra acerca del «imaginario» y la representación del poder del historiador alemán Kantorowicz, primero, con su tesis sobre *Federico II* (1927) y, especialmente, con *Los dos cuerpos del rey, un estudio de teología política medieval* (1957). Un análisis de la trayectoria intelectual, sus obras y vigencia de este autor la realiza Francisco Javier CASPISTEGUI, «Ernst H. Kantorowicz (1895-1963)», en: Jaume Aurell y Francisco Crosas (eds.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century*, Tournhout, Brepols, 2005, pp. 195-221.

recorridos tan dispares como Agulhon, Hobsbawm o Nora, plantearon los primeros esbozos de lo que más tarde sería conocido como «política de la memoria», es decir, la imposición desde arriba de un pasado (nacional) y su «construcción como signo distintivo de un grupo particular»[106]. Al hacer hincapié en la invención del «imaginario oficial» o las «invenciones del recuerdo» utilizadas por determinados grupos para su propia memoria colectiva, estos historiadores y los epígonos que les han seguido hasta la actualidad han tratado de profundizar en el problema de la transmisión y la reinterpretación de los recuerdos históricos como construcciones culturales, estudiando los medios, las metáforas, los lugares y las representaciones simbólicas utilizadas en la socialización del pasado rememorado[107]. En síntesis, se trata de trabajos historiográficos (sin duda, uno de los más poderosos y criticados ha sido el dirigido por Pierre Nora)[108] dedicados

---

[106] Stéphane MICHONNEAU, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracións i mites*, Vic, Eumo Editorial, 2001, p. 425.

[107] Por la vigorosa progenitura generada, en este espacio podemos englobar, junto a la serie que inicia Maurice AGULHON con *Marianne au Combat: l´Imagerie et la Symbolique Républicaines de 1789 à 1880*, Paris, Flammarion, 1979, continuada con *Marianne au pouvoir. L´imagerie et la symbolique républicaines de 1880 à 1914*, Paris, Flammarion, 1989, y *Les métamorphoses de Marianne. L´imagerie et la symbolique républicaines de 1914 à nos jours*, Paris, Flammarion, 2001; el libro editado de Eric HOBSBAWM y Terence RANGER, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002 (1ª. ed. en inglés 1983); la obra dirigida por Pierre NORA, *Les Lieux de mémoire. La République., La Nation., Les France*, Paris, Gallimard, 3 vols., 1984-1992; y los tres recientes volúmenes, originados en el coloquio celebrado en Berlín en 1996 dedicado a los lugares de la memoria alemana, editados por Etienne FRANÇOIS y Hagen SCHULZE, *Deutsche Erinnerungsorte*, *o.c.*

[108] Al lado de numerosos comentarios laudatorios, como ejemplo de las abundantes críticas generadas por el proyecto, mencionaré a Steven ENGLUND por sus denuncias acerca del carácter teleológico de la obra y de caer en la mística de la nación («The Ghost of Nation Past», *Journal of Modern History*, 64, 1992, pp. 299-320; *cit.* por Santiago LEONÉ PUNCEL, «Memoria e identidad histórica: historia o metahistoria», Alberto GONZÁLEZ TROYANO (coord.), Marieta CANTOS CASENAVE, Alberto ROMERO FERRER (eds.), *«Historia, memoria y ficción», IX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo, 1750-1850,* Cádiz, Universidad de Cádiz, 1999, p. 190).

a subrayar el hecho de que, frente a las intenciones de enlazar tradición con continuidad explícitas en los programas de pedagogía política, son los sentimientos de ruptura del presente, «devenu la catégorie de notre compréhension de nous-mêmes», los que caracterizan la idea global de la conmemoración[109]. En este sentido, podemos afirmar con Juan José Carreras en su comentario crítico al concepto de tradición en Gadamer que, para la mirada del historiador, «el problema no es el de la persistencia de los elementos, sino el de la relevancia histórica de tales elementos: tiene muy distinto valor la persistencia de los rituales de saludo o el empleo del tiempo de ocio que las relaciones de poder o de la propiedad»[110].

---

[109] La cita pertenece a la introducción de Pierre NORA, «Comment écrire l´histoire de France?», a *Les France*, recogida en la edición en cuarto en el vol. 3., p. 2.232 (Paris, Gallimard, 1997). Las contradicciones temporales de la obra, así como su participación en la transformación de la memoria en un instrumento del presente, las ha puesto de manifiesto François HARTOG (*Régimes d´historicité, o.c.,* pp. 133-62. Por lo que se refiere al tema de las rupturas o discontinuidades historiográficas, en esa misma introducción Nora señalaba que: «L´histoire como science et comme conscience a toujours consisté, dans ses avancées successives et ses renouvellements décisifs, à établir un partage net, une discontinuité contrôlée, entre ce que les contemporains croyaient vivre et avoir vécu et l´évaluation scientifique aussi précise que possible de ce stock de croyances; chacune de ces avancées étant liée au choc d´un grand bouleversemente qui amenait un déolacement général des sources, des méthodes et des centres d´intérêt» (*o.c.*, p. 2.230).

[110] Juan José CARRERAS ARES, «Bosques llenos de intérpretes ansiosos y H.G. Gadamer», *Conferencia impartida en el ciclo organizado por Elena Hernández Sandoica en el otoño de 2002* (p. 18 del original mecanuscrito consultado gracias a la amabilidad del autor). En párrafos anteriores, Carreras escribe: «Es obvio decir que tal concepto de la tradición como paradigma de la sociedad carece de realidad alguna fuera de las fantasías de los románticos alemanes, y es conveniente recordar que por los mismos años de la publicación de *Verdad y Método* un historiador marxista inglés [E.P. Thompson] desarrolló su propia hermenéutica, rompiendo con la visión holística de la tradición para poder comprender las luchas en «la palestra de las costumbres», y reconocer la existencia de tradiciones alternativas a la dominante y movidas por su propia racionalidad» (*o.c.*, pp. 17-8).

No debe sorprender la mención del filósofo de Marburgo, si se piensa en la calurosa acogida de la que había sido objeto su obra por parte de los cultivadores de la nueva historia cultural, desde mediados de los setenta, y en cómo sus planteamientos se han fundido en el crisol teórico de la memoria. En efecto, como resultado de la convergencia de la visualización de las políticas de la memoria con la hermenéutica de Gadamer, los estudios sobre el lenguaje (redes semánticas, vocabulario o discursos políticos) y el análisis de las relaciones entre el tiempo, la memoria y la historia realizados por Reinhart Koselleck (conceptualmente articulado en las categorías complementarias de «espacio de la experiencia» y «horizonte de expectativas»)[111], surgieron varias líneas que se pueden recorrer en distintos sentidos pero que pueden unirse en el círculo donde la memoria se propone a la vez como modelo de análisis del pasado y objeto de reflexión historiográfica. Mediante una selección de textos entroncados con alguna de estas escuelas y maestros, nuestra propuesta pasa por incluir en este espacio la corriente dedicada a la investigación de la «memoria cultural» y dos obras recientes que, guiadas por la brújula metodológica del escepticismo, se muestran atentas a percibir los detalles más paradójicos del presente historiográfico de la memoria.

---

[111] Reinhart KOSELLECK, «"Espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa". Dos categorías históricas», en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-57. Para el padre de la historia de los conceptos, recordaremos que la «experiencia», como pasado presente, supondría la elaboración racional de la memoria; mientras que la «expectativa», como futuro presente, representaría la proyección de las experanzas y los temores, aspiraciones y voluntades, proyectos e inquietudes, pero también el análisis racional de la experiencia y la realidad en la que se desenvuelve. Una nota sobre la obra del historiador alemán en José Enrique RUIZ-DOMÈNEC, «Reinhart Koselleck: el reto del federalismo», *Rostros de la historia, o.c.,* pp. 208-23. Por lo demás, una breve panorámica de los presupuestos metodológicos de la historia conceptual alemana, la historia de los discursos dominante en el mundo anglófono, además de la hermeneútica gadameriana y de la lexicografía francesa, en la «Introducción» de Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES, al *Diccionario político y social del siglo XIX español*, dirigido por ambos autores, Madrid, Alianza Editorial, 2002, pp. 24-30.

Precisamente el punto de partida escogido por Jan Assmann, el profesor de Egiptología de la Universidad de Heildeberg y principal representante de la «mnemohistoria» que «investiga la historia de la memoria cultural»[112], es Gadamer. Así, en el prólogo a *Religion und kulturelles Gedächtnis*, explica cómo, frente a la hermenéutica concentrada en la comprensión de los discursos y textos, la «teoría de la memoria cultural se pregunta por las condiciones de constitución y trasmisión del texto», estudia la textualidad del pasado y define al hombre, no sólo como un «ser que comprende sino como un ser que recuerda»[113]. En cualquier caso, la «mnemohistoria» también se diferencia de «la Historia propiamente dicha», porque no se ocupa del pasado como tal, sino tan solo del pasado tal y cómo es recordado» por el presente, estudiando «las líneas históricas de la tradición, las marañas de la intertextualidad, las continuidades y discontinuidades diacrónicas del pasado»[114]. Aunque de ninguna manera se opone a la historia, porque Assmann se cuida mucho en recalcar que se trata de una rama o subdisciplina, una «teoría de la recepción aplicada a la historia», muy ligada a las investigaciones literarias sobre el discurso y los estudios de la teoría cultural interesados por la «memoria colectiva»[115]. Un enfoque propio, caracterizado por ser altamente

[112] Jan ASSMANN, *Moisés el Egipcio, o.c.*, p. 28. La definición del concepto, sus propósitos y sistema de referencias en pp. 21-31.

[113] Jan ASSMANN, *Religion und kulturelles Gedächtnis. o.c.,* pp. 9-10. De la enorme bibliografía generada por la obra de Gadamer y, en particular, por su gran libro *Verdad y método* (1960), *vid.* las distintas colaboraciones reunidas en *«El ser que puede ser comprendido es lenguaje». Homenaje a Hans-Georg Gadamer*, Madrid, Editorial Síntesis, 2003; y la lectura para historiadores que ha realizado Juan José CARRERAS, «Bosques llenos de intérpretes ansiosos y H.G. Gadamer», *o.c.*

[114] Jan ASSMANN, *Moisés el Egipcio, o.c*, p. 21.

[115] Baste recordar la colección de ensayos editados por su mujer Aleida ASSMANN y Dietrich HARTH, *Mnemoysyne: Formen und Funktionen der kulturellen Erinnerung*, Frankfurt am Main, Fischer, 1991. Las vinculaciones con la literatura y la teoría de la cultura, así como el desarrollo de las ideas de Frances Yates, las señala el filósofo alemán John Michael KROIS, «*Ars Memoriae*, Philosophy and Culture: Frances Yates and After», en Glenn Alexander MAGEE (ed.), *Philosophy and Culture. Essays in Honor of Donald*

selectivo en sus objetos de interés y en el tratamiento de los acontecimientos, que le ha permitido abrir una vía de interpretación en la «historia de la memoria», al concentrarse «exclusivamente en aquellos aspectos de significación y relevancia que son producto de la memoria –es decir, de un recurso al pasado- y que únicamente aparecen a la luz de lecturas posteriores»[116].

En este orden de cosas, desde la convicción de que toda cultura constituye una especie de «estructura conectiva» (ligando en una misma la dimensión social y temporal) que, además de vincular al hombre con sus congéneres, une el ayer y el hoy (en un marco común de experiencias y expectativas), el egiptólogo alemán ha escrito que son las «sociedades quienes imaginan imágenes de sí mismas y dan continuidad a la lo largo de generaciones a una identidad, en cuanto dan forma a una "cultura de la memoria", basada en gran parte, aunque de ningún modo exclusivamente, en formas de referencia al pasado»[117]. Como historiador, el propósito final de Assmann es estudiar ese sistema referencias (tradiciones y recuerdos) como fenómenos de la memoria colectiva que perviven y mantienen su relevancia, no por proceder de su pasado histórico, «sino de un presente eternamente cambiante en el que estos acontecimientos son recordados como hechos importantes». Y todo ello porque, según dice, es necesario entender que el «pasado no es "recibido" sencillamente por el presente. El presente es "visitado" por el pasado,

---

Phillip Verene, Chaslottesville (Viriginia), Philosophy Documentation Center, 2002, pp. 149-50. El amplio sistema de referencias desde Freud a Foucault, pasando por Warburg o Halbwachs, son continuas en las obras citadas de Assmann.

[116] *Ibídem,* p. 22.

[117] Jan ASSMANN, *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift…, o.c.,* pp. 18 y 31.También, Johannes STRÄTER en «El recuerdo histórico y la construcción de significados políticos. El monumento al emperador Guillermo en la montaña de Kyffhäuser», *Historia y Política,* 1, abril 1999, pp. 88-90. Para este autor, «En tanto que producto colectivo de los grupos sociales, los recuerdos históricos forman, en conjunto, el inventario de una "memoria cultural" y, con ello, el marco de referencia en el que una sociedad reconstruye su(s) historia(s)» (p.89).

y este es modelado, inventado, reinventado y reconstruido por el presente» [118].

La obsesión actual por el presente, acelerada por los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 y caracterizada por la exaltación de la memoria y del patrimonio, es el tema de Régimes d´historicité. Présentisme et expériences du temps, último libro publicado por el especialista en historiografía antigua y moderna, François Hartog. Pronto a reconocer su deuda con Koselleck[119], el director de estudios de la EHESS utiliza la noción de «régime d´historicité», «la modalité de conscience de soi d´une communauté humaine»[120], como un medio para centrar el debate sobre la historia y la memoria. Un instrumento conceptual para la investigación histórica de la percepción social de «tous les temps ou le tout du temps» y, principalmente, de los momentos de crisis del tiempo por ser cuando pierden su evidencia las articulaciones del pasado con el presente y el futuro[121]. Se trata de una mirada historiográfica que le permite recorrer los diferentes regímenes de historicidad a lo largo de historia de las sociedades humanas, es decir, sus formas de traducir y ordenar las experiencias del tiempo[122]. En su parte final, después de señalar las

---

[118] Jan ASSMANN, *Moisés el Egipcio, o.c*, p. 22-3.

[119] François HARTOG, *Régimes d´historicité, o.c.,* pp. 19 y 28-9. Con todo, esto no le lleva a olvidar el entronque de sus ideas con otros autores como el antropólogo Marshall Sahlins, la «notion de régime d´historicité pouvait ainsi bénéficier d´une mise en dialogue (fût-ce par mon truchement) de Sahlins avec Koselleck: de l´anthropologie avec l´histoire», dice en la misma página, después de haber señalado, también, sus deudas con otros compañeros franceses como Claude Lévi-Strauss, Krzysztof Pomian, Michel de Certeau o Paul Ricoeur (*o.c.,* pp. 12-26).

[120] *Ibídem*, p. 118.

[121] *Ibídem*, p. 27.

[122] Dedica los dos primeros capítulos a contrastar el régimen heroico polinesio y el del mundo de Ulises con la temporalidad cristiana –abordada a través de San Agustín- y concluir señalando la prolongada pervivencia de un orden temporal, característico de la cultura occidental que, basado en la convivencia del tiempo cristiano con el modelo de la historia *magistrae vitae*, obtendrá su fuerza de su capacidad para movilizar el pasado y proyectarlo en el futuro (*o.c*., pp. 33-107).

rupturas con la antigua temporalidad occidental y la aparición del moderno orden del tiempo a finales del siglo XVIII (ante la emergencia en Alemania del moderno concepto de historia y las transformaciones provocadas por la Revolución Francesa), consagra las mejores páginas del libro a intentar resolver sus dudas acerca de la crisis temporal contemporánea, simbolizada en la fecha de 1989 y caracterizada por la instalación del «présentisme», esa interrogación permanente sobre el tiempo presente y su tendencia a historiarse él mismo. Ante la evidente centralidad alcanzadas por la memoria y el patrimonio y su relación con las nuevas visiones de la historia nacional, Hartog apela a la historiografía para poner en entredicho el intento de convertir, a la primera, «menos como contenido que como forma, en un modo de cuestionamiento y de escritura de la historia»[123]. Y pasar, en el siguiente capítulo, a describir la nueva configuración del patrimonio (ligado al territorio y la memoria, auténticos vectores de la identidad) e incluirlo en el movimiento de aceleración temporal que nos dirige hacia el futuro. Si bien, en su opinión, se trata de un futuro oscuro y confuso más parecido a una línea de sombras, elaborada por el presente y la acumulación de pasados que no pasan, que a un horizonte de expectativas luminosas[124], pues, la memoria, viene a concluir el autor, no permite superar el presente.

Fascinada por los problemas de la escritura de la historia, la memoria y la identidad, no es un azar que la historiadora, lingüista, socióloga y novelista, Régine Robin, haya escrito La mémoire saturée, la obra más completa sobre el tema que nos ocupa. Se trata del punto de llegada de una amplia investigación, cuyos primeros frutos vieron la luz en los años ochenta[125], donde la autora plantea la cuestión de la actualidad de la memoria como el producto de la saturación del pasado más cercano. Una saturación provocada, entre otras cosas, por la inversión de las relaciones entre lo real y lo imaginario, la

[123] *Ibídem*, p. 158.

[124] *Ibídem*, p. 206.

[125] Recordaremos su importante reflexión sobre los problemas de la memoria colectiva, *Le roman mémoriel*, Montreal, Le Préambule, 1989 (un extracto de sus ideas las podemos encontrar en su artículo «Literatura y biografía», *o.c.*).

igualación de los demonios contemporáneos (nazismo-comunismo) y la valoración igualitaria de los acontecimientos (Franco y los republicanos), la desaparición de la memoria crítica o el apasionado sentimiento de patrimonialización de todo el pasado que ha invadido a la sociedad contemporánea[126]. A partir de aquí, la profesora de la Universidad de Quebec adopta una posición militante para negar la posibililidad de la «justa memoria» promulgada por Ricoeur y, al margen de las «categorías patológicas» de «devoir de mémoire» y «travail de mémoire»[127], considerar los otros caminos que puede seguir el historiador, «inmunizado contra las simplificaciones», para rastrear los trayectos, transformaciones y deformaciones de la memoria, sus silencios y olvidos. Son quinientas páginas largas en las que Régine Robin, a través de múltiples problemas y numerosos ejemplos, examina nuestras relaciones actuales con el pasado, los excesos de la memoria, su programación oficial y los peligros potenciales de la descontextualización del relato histórico ante el empuje de las nuevas tecnologías e Internet. Una situación que, según la autora, impone la conclusión final de la experiencia del silencio como un primer paso que sirviera, cuando menos, para «alertar del incendio»[128].

El «encaprichamiento» por la memoria y un corolario final.

Como quiera que sea, estos dos espacios/momentos estarían caracterizadas por aglutinar una suma de orientaciones historiográficas que comparten una actitud común de distancia ante la memoria, al defender la perspectiva histórica y mantener el pasado en el pasado. En todas ellas, el tiempo del historiador, la reconstrucción del entonces y no del ahora, se opone en el espacio público a la memoria que no tiene ningún sentido del paso del tiempo (sacralizado y litúrgico) e insiste en la metafísica de la presencia, en la continuidad de la tradición en el presente a través de los ritos ideológicos y las

[126] Régine ROBIN, *La mémoire saturée, o.c.,* pp. 19-20.
[127] *Ibídem,* pp. 34-7.
[128] *Ibídem*, p. 479.

mitologías políticas que la encierran[129]. Por añadidura, su propia práctica implica enfrentarse, en el espacio interior de la academia, al célebre «encaprichamiento»[130] por la memoria en el que se han precipitado los autores que, al concebir la historia como un género lingüístico/ literario, no han dudado en «valorizar la memoria como discurso historiográfico alternativo»[131].

Actualmente esto ha dado lugar a un intenso debate, entroncado con las corrientes surgidas del pensamiento postmoderno, la teoría literaria y los estudios culturales, en el que la oralidad de la memoria se concibe en consonancia con la narrativa como criterios principales de representación de la realidad. Dejando al margen los retos y problemas cruciales que, en el orden teórico y práctico, supone para la historiografía contemporánea la crítica postmoderna[132], me limitaré a señalar la aparición de un tercer espacio-momento inmerso en el «carnaval de las culturas» y la cultura postfilosófica, la fragmentación de las imágenes y la disparidad del «inconsciente colectivo». Cancelada la distinción entre ficción y realidad, negados por opresivos los valores de la razón y considerados agotados los grandes relatos históricos –incluidos los emancipatorios-, las nuevas puertas de la historia se han abierto a la creatividad de la memoria que opera de «un modo similar a como antes lo hacía su despliegue de deconstrucción y

[129] *Vid*. Peter NOVICK, *The Holocaust in American Life, o.c.,* p. 4; y, en general, el excelente artículo de Gabrielle M. SPIEGEL, «Memoria e historia…», *o.c.*,

[130] El fenómeno de la «infatuation» lo recuerdan Peter NOVICK (*The Holocaust in American Life, o.c.,*) y Kirwin KLEIN, «On the emergence of *memory* in historical discourse», Representations, 69, 2000, pp. 127-50 (*cit.* por Gabrielle M. SPIEGEL, «Memoria e historia…», *o.c.*, pp. 55-6).

[131] Gabrielle M. SPIEGEL, «Memoria e historia…», *o.c.*, p. 56.

[132] Como complemento a lo escrito por Régine ROBIN, *La mémoire saturée, o.c.*, pp. 286-300; *vid*. los trabajos de Miguel Ángel CABRERA, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad, Valencia, Frónesis-Cátedra-Universitat de València*, 2001; y «La situación actual de la historia: un paisaje cambiante», en Miguel Ángel CABRERA y Marie MCMAHON, *La situación de la Historia…., o.c.*, pp. 13-52.

teoría»[133]. Desde esta evanescencia de lo real, estos autores han replanteado la imposibilidad de la historicidad de los acontecimientos y convertido el pasado en algo que no acaba, reencarnado en el presente absoluto mediante la profunda identificación entre testimonio e historia.

Esta referencia final (mucho más compleja de lo que aquí se ha podido mostrar), me sirve para concluir recordando cómo el campo de la historiografía es un cruce de caminos, con tantas interrogaciones problemáticas, tipos de recorridos intelectuales, pluralismos institucionales e implicaciones sociales que, algunas veces, podríamos adoptar el célebre eslogan político, «che la storia è cosa troppo importante per lasciarla agli storici»[134]. Pero esta misma frase demuestra la propia responsabilidad de la historiografía y también su fuerza crítica ante una realidad que podía terminar devorada por el exceso de memoria y su representación espectacular en el presente simultáneo de la «esfera pública»[135]. De este modo, puede que la originalidad de la profesión histórica sólo resida en el esfuerzo personal de los historiadores por «tratar de liberar la tradición del

[133] Gabrielle M. SPIEGEL, «Memoria e historia…», *o.c.*, pp. 55 y 65-7. La autora cita, entre otros autores partidarios de esta concepción de la memoria a los especialistas en el tema del Holocausto, Lawrence Langer, Cathy Caruth o Shoshana Felman. La crítica por «relativistas» a esta corriente «qui ne peut être sérieusement défendue jausqu´au bout, sauf à considérer, par exemple, que les travaux historiques concernant le nazisme et les chambres à gaz relèvent eux aussi de la "fiction"» y su posible relación/ utilización por los historiadores «revisionistas», en Gérard NOIRIEL, *Qu´est-ce que l´histoire contemporaine?, o.c.*, p. 124.

[134] Nicola GALLERANO, «Storia e uso pubblico della storia», *o.c.,* p. 23.

[135] La suplantación de la dimensión crítica por la manipulación que convierte la cultura en mero producto de consumo, la denunció HABERMAS en *Historia y crítica de la opinión pública, o.c.,* p. 213. Un peligro del que no se salvan, ni los restos arqueológicos, ni siquiera los lugares de la destrucción y el horror, convertidos en espacios de alienación turística (*vid*. Gabrielle M. SPIEGEL, «Memoria e historia…», *o.c.*, p. 69; y Neil Asher SILBERMAN, «Structurer le passé. Les Israéliens, les Palestiniens et l´autorité symbolique des monuments archéologiques», en François HARTOG y Jacques REVEL (dirs.), *Les usages politiques du passé*, o.c., pp. 99-115).

conformismo que amenaza con destruirla»[136]. Al fin y al cabo, al pensar con la historia no hacemos otra cosa que explicar el pasado que pasó y por eso lo expresamos desde la distancia y la responsabilidad que proporciona la adhesión a la conceptualización teórica, la complejidad de la interpretación y el sentido crítico de nuestra función social. Una tarea siempre delicada y siempre arriesgada por la propia condición histórica de los historiadores y por sus implicaciones con el mundo vertiginoso del presente donde, al margen de la retórica del lenguaje, de las palabras que sirven para todo uso, la memoria y el olvido aparecen como dos puntos de referencia irrenunciables para el conocimiento de la historia contemporánea.

[136] La cita de Walter Benjamin la reproduce Enzo TRAVERSO, «La memoria de Auschwitz y del comunismo», *o.c.,* p. 4. La idea del historiador como actor de la historia, preocupado por su responsabilidad respecto al pasado y al futuro que están a su cargo en Stéphane MOSÈS, *El Ängel de la Historia…, o.c.*, p. 147.